Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Anexo 7
Casilla 54

REPUBLICA ARGENTINA

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

GUERRA

EUROPEA

Expediente 661 **Año** 1945

ARTICULOS SOBRE COMENTARIOS DE LA GUERRA POR EL CONDE FOLKE BERNADOTTE, TITULADOS "EL FINAL".-Publicación efectuada por el Diario "LA NACION".-

GUERRA 661/1945

FORM. 64

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

INDICE

FORM. 149

FOLIO	FECHA	Nº	PROCEDENCIA	OBJETO

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

1º de agosto de 1945

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

Mis conferencias humanitarias en Alemania en la primavera de 1945 y sus consecuencias políticas.

Estocolmo, junio de 1945.

No sin abrigar grandes dudas, y sólo por pedido de muchos amigos, he hecho una descripción de mis actividades y experiencias en Alemania, como representante de la Cruz Roja de Suecia, durante los últimos meses de la segunda guerra mundial. He vencido mis dudas con la esperanza de poder, gracias a este mi relato, arrojar alguna luz en los acontecimientos dramáticos relacionados con el derrumbe del Tercer Reich. El relato está basado en mis notas y en los informes efectuados durante mis viajes por Alemania, desde mediados de febrero hasta fines de abril del actual año.

EL AUTOR

París, noviembre de 1944.

El avión despegó de Bromma un día de fines de octubre de 1944. El rumbo era oeste; mi destino, París, vía Londres. Iba a tratar con representantes de los aliados el aporte que Suecia podría dar en la postguerra para la obra de reconstrucción y ayuda general.

París ya era otra vez libre, y Francia también. Se podía calcular con seguridad que el régimen del nazismo, proyectado para un milenio, no se extendería mucho más allá de una década.

Hay especialmente dos episodios de mi visita a París en los últimos días del otoño de 1944 que recuerdo con mucho placer. Uno es mi encuentro con el general Eisenhower y el otro un almuerzo del que participó, entre otros, el cónsul general de Suecia en París, Sr. Raúl Nordling. Un hermoso día de aquel otoño, por la mañana —para decirlo con más exactitud, el 2 de noviembre—, bajé con un avión en un aeródromo militar, cerca de Versalles, donde el comando supremo de los ejércitos aliados había establecido su cuartel general. Me condujeron a presencia del comandante en jefe, y al darle la mano vi que era de recia contextura, de unos 50 años. Me recibió con mucha amabilidad. La razón principal de mi visita era el haber sido yo el encargado de las gestiones relacionadas con la internación de los pilotos norteamericanos en Suecia. El general Curtis, jefe aéreo, nos había hecho una visita poco tiempo antes, ese mismo otoño, para verificar las condiciones de vida de los pilotos internados, y en aquella oportunidad propuso una entrevista con el general Eisenhower.

El generalísimo me impresionó mucho. Entendí que en él había encontrado un hombre realmente grande, tan fuerte como generoso y de buen corazón. Me dió la impresión de estar descansado, completamente seguro de alcanzar lo que se había propuesto y de cumplir la tarea gigantesca que se le asignó. Evidentemente, era un hombre que sabía muy bien lo que quería y que tenía la capacidad necesaria para llevar a feliz término su misión. Lo que uno no podía dejar de observar en él era su constante buen humor, que animaba todo lo que decía y que ponía un sello a su personalidad. Un hondo sentido humano y una gran amabilidad son, según se advierte, dones muy característicos en él.

No me dio la impresión de sentir odio contra los que en la segunda guerra mundial fueron sus enemigos —por lo menos, no contra el estado mayor alemán—, y hay que agregar que con sus subordinados se mostró siempre, según el testimonio de todos, absolutamente libre de prejuicios de rango. Es fácil explicarse, conociendo esas cualidades de carácter, su extraordinaria capacidad para mantener la unidad y la concordia entre los muchos y variados componentes de los ejércitos aliados del Oeste, y ello en condiciones a menudo muy delicadas, debido a las diferencias de puntos de vista entre norteamericanos y británicos.

Eisenhower comenzó la conversación agradeciéndome lo que yo había hecho en favor de los aviadores de su país internados en Suecia, y a continuación cambió de tema, para referirse a la situación en general.

Observé que el generalísimo estaba muy contento con la política sueca. En todo caso, lo cierto es que, según me lo dijo en esa oportunidad, su firme opinión era que nuestra política de neutralidad seguía la línea correcta, no sólo desde el punto de vista de Suecia, sino también en lo que se refería a los aliados. Esta opinión era, por otra parte, la misma que encontré en más de una entrevista con personajes representantes de los estados mayores de guerra británico y norteamericano.

Después Eisenhower habló conmigo respecto a la ayuda que podía prestar Suecia a la terminación de la guerra y a cuáles podían ser los países más indicados para recibir esa ayuda. Le manifesté que ya había tenido una entrevista con el representante de la UNRRA, y que las autoridades suecas y la Cruz Roja de Suecia recibían gustosamente las sugestiones de los altos jefes militares sobre los problemas que se presentarían después de la guerra.

Asimismo le dije que en ciertos círculos de la UNRRA parecía existir la creencia de que tal vez no se plantease la cuestión relativa a la ayuda de neutrales en la postguerra. Eisenhower reaccionó fuertemente contra esa idea y afirmó que toda la ayuda que fuese ofrecida vendría bien. Encontró perfectamente natural que un país neutral quisiese participar en la obra de reconstrucción y ayuda al terminar el conflicto. Era su creencia —añadió— que tan pronto como un país fuese librado de la ocupación, el pueblo debía tomar parte en el restablecimiento de su gobierno, administrar sus propios asuntos y ser tratado en todo como formando un Estado independiente y soberano, con el cual hasta los neutrales podían tomar contacto y proyectar las obras de postguerra.

Por lo que se refiere a Alemania, abrigaba Eisenhower la idea de que el estado mayor de los aliados solamente debía cooperar con una organización local dentro de las regiones ocupadas. Cuando le pregunté su opinión respecto a Polonia, me contestó que nada podía ser mejor que tomar contacto con las autoridades polacas. En esta forma, agregó, la Cruz Roja Sueca tendría oportunidad de conocer directamente los planes de Polonia. Sin embargo, me indicó que tal vez las autoridades rusas quisieran decir algo en este caso. Por lo demás, el generalísimo tenía que declarar, dijo, que no estaba completamente informado sobre los detalles relativos a los planes que se proyectaba ejecutar en aquella zona.

Una cosa me llamó fuertemente la atención en el cuartel general de Eisenhower. Me refiero al ambiente, pleno de buen humor y de compañerismo. Cuando me acompañaron a ver el edificio descubrí un busto de Goering, colocado en una hornacina. Por lo visto, los alemanes tuvieron tanta prisa al marcharse de allí, que no hubo tiempo para retirar la escultura. Allí estaba, pues, pero con la cara contra la pared.

—"He is a bad boy" —(Es un muchacho malo) explicó mi cicerone, riendo—. Tiene que estar en un rincón, para vergüenza suya.

Entre los oficiales superiores con quienes tuve oportunidad de hablar detalladamente estaba el general Saats, jefe superior de la aviación aliada. Una de las expresiones que salieron de sus labios se fijó en mi memoria:.

—Cuando en la alta noche, descansando en mi cama, pienso a veces en la enorme destrucción que mis aviones siembran en Alemania, sobre todo entre la población civil, tengo que recordarme cómo trataron los alemanes al pueblo francés. Y entonces parece menos duro asestar en Alemania el castigo a inocentes.

El general agregó que no había observado odio contra los enemigos en ninguno de los ejércitos, fuera el inglés o el norteamericano.

Al pasar por los salones observé un mapa, en el cual estaban marcados los límites de las regiones en que Alemania tenía que ser dividida, según los proyectos de aquel momento. Pude ver tres zonas distintas. Una línea que partía de Lübeck y seguía el río Elba hacia el Este indicaba el límite occidental de la zona de ocupación rusa. La parte noroeste de Alemania estaba señalada para la ocupación británica y la región sudoeste para el comando y la administración de los norteamericanos. No encontré prudente hacer preguntas al respecto. En realidad, yo había ido a París para conferenciar sobre la ayuda humanitaria de Suecia y no por motivos políticos.

Al día siguiente —3 de noviembre— se realizó en el hotel Bristol el almuerzo de que hablé. El encargado de negocios de Suecia, Sr. Belfrage, era el anfitrión. Los demás comensales eran los dos señores que me acompañaron en mi viaje; el doctor Ulf Nordwall, consultor médico de la Cruz Roja Sueca en cuestiones de postguerra, y el asesor Erik Leijonhufvud, secretario del Comité Oficial Sueco para la Ayuda Internacional, y el a la sazón cónsul general, Sr. Raúl Nordling.

Tengo que confesar que este hombre me encantaba. El entusiasmo que creaba a su alrededor era tan imposible de resistir como de inspirar. Naturalmente, por medio de los diarios conocí todo el enorme trabajo que hizo durante la lucha para liberar a París. Yo no ignoraba que Nordling había desempeñado un papel muy importante como intermediario entre los patriotas franceses y las autoridades alemanas de ocupación. Se trata de un viejo sueco parisiense, por así decirlo, lleno de amor por todo lo francés, y, además, con un vivísimo deseo de ayudar a los innumerables franceses que tomaron parte activa en la lucha por la libertad de su país. En esa tarea tuvo que sufrir a veces por obra de la incomprensión. Claro está que para alcanzar sus grandes éxitos finales, a menudo hubo de buscar contacto tanto con los franceses de la FFI como con los alemanes. Esto hizo que fuese objeto de sospechas. (Hay en Francia quienes piensan que Nordling estuvo al servicio de los alemanes.) Que todas esas sospechas son completamente infundadas, es algo que está más allá de toda duda.

En aquel momento nuestro cónsul estaba en la mesa contando modestamente, aunque con cierta vehemencia, lo que había hecho en los últimos días de la lucha por París. Sin embargo, no fueron esas narraciones lo que me cautivó más. Lo que me impresionó en un grado superior fué su relato de cómo pudo evitar la deportación de una cantidad de mujeres y hombres franceses a Alemania, y en qué forma consiguió la libertad de muchos franceses que se hallaban en las cárceles del país, al mismo tiempo que se producía la liberación de la capital.

Naturalmente, para conseguir esos resultados no empleó las vías ordinarias. Raúl Nordling no tiene nada del burócrata y desconoce el miedo. Cuando hay algo que hacer, lo hace sin detenerse a pedir instrucciones. Así alcanzó lo que deseaba, y al referir aquellos episodios, durante el almuerzo y en la sobremesa, me sentí contagiado por su entusiasmo.

Me pregunté si yo podría hacer algo semejante en favor de los que se hallaban sufriendo en los campos de concentración alemanes. En mi mente cayó entonces una semilla, y de esa semilla nació la expedición de la Cruz Roja Sueca a Alemania en la primavera de 1945.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA NACION — Jueves 2 de agosto de 1945

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 2)

ESTOCOLMO

Cambio de año 1944-45

Emprendí el regreso a Suecia. Ya en el avión, volví a pensar en lo que había referido Nordling. ¿Sería, acaso, posible hacer algo en Alemania para aliviar un poco, al menos, los grandes sufrimientos que los campos de concentración deparaban, y salvar algunas de las vidas que se encontraban amenazadas de extinción en condiciones tan terribles?

No sentí mayor optimismo. Conocía demasiado bien el ambiente de Alemania. Desde los primeros días de la guerra las autoridades alemanas rechazaron rotundamente todas las propuestas para trabajar en los campos de concentración, así las presentadas por la Cruz Roja Internacional como las que hicieron las entidades de ese género establecidas en países neutrales. Por parte de Alemania había una resistencia absoluta a permitir que alguien pudiera mirar al interior de los infiernos en que estaban convertidos los citados campos de concentración. No podíamos invocar convención internacional alguna, puesto que cuando en 1929 llegó el momento de firmar la de Ginebra, a nadie se le habría ocurrido pensar en la posibilidad de que a civiles a quienes se privaba de la libertad como presos políticos se les pudiera llevar a lugares como aquéllos. La verdad es que el régimen nazi fué el primero en concebir semejante idea y llevarla a la práctica.

Las vallas de los campos de concentración fueron bien construídas. No llegaba hasta el exterior ninguna noticia de lo que en ellos ocurría, y todo aquel que entraba, jamás podría abrigar la esperanza de salir con vida. Pero no es eso todo, pues nadie habría sido capaz de llegar subrepticiamente hasta el interior. El sistema horrible debía desarrollarse sin la ingerencia de extraños. En caso contrario, no tardarían en ser descubiertos muchos secretos.

Había un punto del cual me di cuenta inmediatamente: que en Alemania no valía la pena ponerse en tratos con personajes subordinados. Si uno quería alcanzar resultados favorables, debía necesariamente aproximarse sin intermediarios a las más altas autoridades. Tampoco ignoraba yo que para llegar a soluciones más o menos favorables era indispensable actuar sin pérdida de tiempo. Hacía ya algún tiempo que circulaban ciertos rumores —rumores bastante fidedignos, por cierto—, según los cuales, en caso de que su país fuese vencido, las autoridades alemanas tenían el propósito de acabar con los prisioneros de los campos de concentración. Se trataba de eliminar con un solo golpe a los testigos principales de lo que ocurría en las temibles mazmorras.

Cuando regresé a Estocolmo iba dominado por esos pensamientos. Y, lo mismo que en París, me encontré con "una" persona que dió el impulso decisivo a mis cavilaciones. En esa ocasión, un noruego participó de manera extraordinaria en la discusión.

El ministro Ditleff, hombre de cerca de sesenta años, diplomático de carrera que en una larga actuación ocupó puestos muy importantes en el Ministerio de Relaciones Exteriores de su país y que a la sazón figuraba como agregado a la legación de Noruega en Estocolmo, expresó una idea durante cierta conversación que mantuvo conmigo: dijo que la tarea principal consistía en obtener permiso para llevar a Suecia a los prisioneros civiles noruegos.

La proposición me interesó sobremanera. Se trataba de llevar a cabo algo semejante a lo que hizo en Francia el cónsul general señor Nordling, aunque quizás en escala mayor. Luego que el ministro Ditleff y yo fuimos profundizando todas aquellas cuestiones, llegamos a la conclusión de que era indispensable que nos pusiéramos en contacto con el jefe de la SS. y ministro del Reich, Heinrich Himmler, si aspirábamos a alcanzar alguna solución positiva. Himmler era, en efecto, quien en última instancia podía tomar decisiones acerca de asuntos como el que nos ocupaba. Por otra parte, en ocasiones anteriores se había expresado en términos afectuosos al hablar de los países nórdicos y sus respectivos pueblos. Con semejantes antecedentes, existía una vaga probabilidad de que Himmler diera su aprobación para ejecutar un acto como el que proyectábamos.

El paso siguiente debía consistir en las conferencias que yo celebraría con la Cruz Roja Sueca y al mismo tiempo con el gobierno de Estocolmo. Sabía yo que desde hacía bastante tiempo las más altas autoridades suecas estaban interesadas en realizar una tentativa con miras a intervenir en favor de los prisioneros escandinavos que se hallaban en Alemania. Ya nuestra legación en Berlín había formulado numerosos pedidos de liberación en favor de ciertos prisioneros. El ministro sueco Sr. Arvid Richert jamás se cansaba de trabajar en ese sentido, y debo reconocer que sus esfuerzos no fueron en vano. Como es bien sabido, se logró, por ejemplo, la liberación o el regreso a Noruega de los estudiantes de esa nacionalidad internados en Alemania.

Pude referirme a todo eso cuando presenté la proposición que habíamos concebido el ministro Ditleff y yo. Durante las entrevistas que tuvimos a fines de enero y principios de febrero de 1945, ambos llegamos a la conclusión de que una persona que no figurase como funcionario podía actuar con mucho mayor facilidad que quienes tenían cargos oficiales, y que no habrían de faltarle las ocasiones y los medios para hablar con las autoridades bajo cuyas órdenes se encontraban los campos de concentración. En efecto, un ministro no podía dejar de pasar por el tamiz del Ministerio de Relaciones Exteriores y exponerse a que sus proyectos quedaran encarpetados en la Cancillería; dicho en otros términos, el problema nunca llegaría a manos de Himmler, el hombre con poder suficiente para tomar resoluciones definitivas en lo que se refería a los campos de concentración.

Cuando obtuve la aprobación del Ministerio de Relaciones Exteriores de mi país trazamos nuestro plan. Accediendo al pedido del ministro Richert, la Cruz Roja debía enviar a Berlín a un grupo de personas que se pusieran a las órdenes de la Legación. Eso ocurrió en los primeros días de febrero, es decir, en la época en que analizábamos el proyecto. La misión de los expedicionarios consistía en reunir todos los datos posibles acerca de las mujeres suecas casadas con alemanes y que en aquel momento se hallaban sin hogar y sin parientes. Semejante expedición me ofrecía un pretexto excelente para trasladarme a Berlín.

Cuando el 16 de febrero subí al avión en el aeródromo de Bromma para volar hasta Tempelhof (Berlín), la información oficial suministrada expresó que yo debía realizar una inspección de la pequeña colonia de la Cruz Roja Sueca, porque se necesitaba averiguar si el grupo requería refuerzos para cumplir su misión humanitaria. A decir verdad, lo que yo tenía proyectado era ponerme en contacto directo con Himmler y, por intermedio de tan alto personaje, conseguir autorización para llevar a Suecia no solamente a los prisioneros noruegos, sino también a los daneses que se encontraban en la misma situación. Todos ellos debían quedar internados en territorio sueco hasta la terminación de la guerra.

Según ya lo he manifestado, antes de emprender el viaje expuse la totalidad de mi proyecto tanto al Gobierno como al príncipe Carlos, presidente de la Cruz Roja. En aquella oportunidad el Príncipe opinó que la ayuda no debía limitarse a los noruegos, sino extenderse también a los daneses. Claro está que de ese modo el programa sufrió un aumento considerable.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 3)

BERLIN, 1945

Jamás he emprendido un viaje con emoción más profunda que la experimentada cuando el avión alzó el vuelo en el aeródromo de Bromma aquella mañana del mes de febrero. No quería forjarme ilusiones acerca del resultado. Harto pequeñas eran las esperanzas de obtener un éxito totalmente halagüeño. Sabía muy bien que las dificultades que tendría que superar eran enormes. Traté, no obstante, de convencerme de que mi visita no sería inútil si lograba hablar con Himmler. Algo debía conseguir.

Pero ¿podría llegar hasta ese hombre que en realidad, y según la opinión general, era tal vez el más poderoso de Alemania? En aquel momento Himmler ejercía el mando superior en el frente del Oder, y su presencia en aquel lugar resultaba imprescindible en momentos en que atacaban los rusos. No menos grandes parecían las dificultades derivadas del hecho de que a quienes habrían de proporcionarme la entrevista no podía yo manifestarles cuáles eran las verdaderas intenciones que me guiaban al solicitar audiencia a Himmler. Si los intermediarios no aprobaban mi plan, podían anular fácilmente mis tentativas.

Cuando llegué a Berlín, la política general se hallaba, aproximadamente, en esta posición:

Acababa de celebrarse la conferencia de Yalta. Según el comunicado que Churchill, Roosevelt y Stalin dieron el 12 de febrero, los aliados deberían unir sus ejércitos. Ya estaban maduros los planes para el ataque contra Alemania, con fuerzas lanzadas desde todas partes. Los rusos habían penetrado en territorio alemán, y en el Oeste las fuerzas norteamericanas y británicas se aprestaban a lanzar su gran ofensiva contra el Rin. El Tercer Reich empezaba a crujir. Sin embargo, los alemanes continuaron su política desesperada, que los hacía recurrir al terror en los países ocupados. En Noruega, por ejemplo, asesinaron a treinta y cuatro patriotas entre el 8 y el 10 de febrero. La lucha evolucionaba rápidamente hacia su gran crisis postrera, y todo era posible en momentos críticos. En la zona metropolitana de Berlín que yo vi, se notaban señales del cansancio provocado por la guerra. Las personas que caminaban por las calles tenían aspecto de hallarse bien alimentadas. No se advertían indicios de la falta de artículos alimenticios. Largas filas de hombres y mujeres esperaban frente a los almacenes; pero uno recibía la impresión de que a la corta o a la larga, todos podían conseguir lo que necesitaban y les concedía la correspondiente tarjeta de racionamiento.

Sin embargo, eran personas fatigadas, cuyo único anhelo consistía en presenciar cuanto antes el final de la guerra. Ya comenzaba por entonces la tarea de construir barricadas en las calles de Berlín. A ese respecto no descubrí pánico alguno, pero tampoco dominaba el entusiasmo. Los habitantes del Tercer Reich trabajaban con ese espíritu de sumisión que constituye una de las características del pueblo germano. Los hombres de la Volkssturm estaban ocupados con las barricadas; pero no eran los únicos, pues también las mujeres participaban en la tarea. No había ciudadano alguno que no estuviera obligado a trabajar. Como es lógico suponer, también había obreros extranjeros, individuos retirados de los campos de concentración para que actuaran en obras de aquella clase.

¿Cómo eran las tales barricadas? Vistas de cerca daban la impresión de algo ilusorio. Aparentemente los alemanes utilizaron cuanto pudieron encontrar: ómnibus, tranvías, automóviles que llenaban con ladrillos. Tampoco faltó en aquellos días el buen humor que siempre ha caracterizado a los berlineses. De boca en boca circulaba una broma, según la cual cuando los rusos llegaran a Berlín, habrían de necesitar una hora y dos minutos para conquistar cada barricada. Durante los primeros sesenta minutos iban a permanecer frente a la barricada, riendo de la construcción; los dos minutos restantes bastarían para apoderarse de ella.

Allí vimos a los berlineses formando filas con la esperanza de conseguir algo que comer, o bien trabajando en las barricadas, mientras esperaban la entrada del enemigo en la ciudad. En derredor se veían la desolación y la destrucción. Mientras caminábamos por las calles de la parte céntrica tuvimos la impresión de que cuatro de cada cinco casas habían sido destruídas por los bombardeos aliados, que, como todo el mundo sabe, se realizaron con intensidad inusitada. Empero, la gente seguía viviendo en los sótanos (muchos individuos fueron evacuados con anticipación) y la vida continuaba más o menos normalmente, aun cuando distaba mucho de ser como correspondía. Los subterráneos seguían funcionando, pero con algunas interrupciones en los servicios después de los bombardeos. Lo propio cabe decir respecto a los servicios del gas, electricidad y teléfonos.

¿Cómo miraban la situación todas aquellas personas? ¿Qué se ocultaba tras la impasibilidad de sus rostros? No es fácil decir nada concreto a ese respecto, pero bien a las claras se veía que la fe que el pueblo tenía en el nazismo estaba sufriendo un fuerte quebranto .También era evidente que a despecho de toda la propaganda del Dr. Goebbels, los alemanes ya se habían dado cabal cuenta de que su país perdía la guerra y de que el final no se hallaba muy lejos.

Lo más curioso y al mismo tiempo lo más característico de la situación era que en ciertos círculos no entendían o no querían entender que la culpa de toda aquella miseria debía recaer sobre Hitler en primer término. Con ese sentimentalismo inherente al modo de ser germano, gran parte del pueblo seguía firme en su actitud de adhesión al Fuehrer. El hecho era harto claro en los últimos meses y hasta en las últimas semanas de la existencia del tercer Reich. Se decía que, puesto que hombres y mujeres habían prestado juramento de fidelidad a su jefe, era indispensable que siguieran apoyándolo. Ahora bien; los sueños fantásticos que tuvo Hitler adquirieron la forma de pesadillas para otros pueblos, pero revestían la túnica de la esperanza para los alemanes. El hombre común no podía abandonar la confianza que había depositado en él, y por eso lo veía como a su salvador. Tampoco podían renunciar a la convicción de que el programa de Hitler estaba justificado.

Por fin tuve una entrevista con el jefe de la policía de seguridad, el Obergruppenführer Kaltenbrunner. Sentados ambos ante una mesa, me ofreció cigarrillos norteamericanos; luego me acercó una botella de Dubonnet, que un subordinado acababa de colocar frente a él y que, probablemente, procedía de alguno de los depósitos de vinos franceses saqueados por la soldadesca germana. Ahora bien; mientras el funcionario cumplía aquellos deberes impuestos por la cortesía, aprovechaba la situación para observarme con una mirada fría y escrutadora. Esa reunión se realizó el 17 de febrero, o sea al día siguiente de mi llegada a Berlín. La entrevista, dicho sea de paso, pudo celebrarse, gracias a la intervención de la legación de Suecia, en el chalet de Kaltenbrunner, en Wannsee, lujosamente amueblado. La misión que me llevó hasta allí consistía en convencer al dueño de casa, que era la figura más prominente de la Gestapo, después de Himmler. Debía convencerlo de la conveniencia de que yo hablara con su jefe, es decir, con el ministro.

Herr Obergruppenführer Kaltenbrunner, hombre de alrededor de 40 años de edad, contaba en su haber con una considerable lista de ascensos. Su actuación fué reconocida como buena y eficaz; de ahí que avanzara rápidamente hasta llegar al alto cargo de jefe de la Gestapo en Viena. Cuando Reinhart Heydrich, elemento de los más calificados con que contó la Gestapo, murió en Checoslovaquia en 1942, mientras actuaba como representante del gobierno alemán con el título de protector, se nombró a Kaltenbrunner como sucesor de aquél en calidad de jefe de la policía de seguridad. No tenía únicamente las condiciones indispensables para ir ascendiendo, sino que además convencía por su aspecto exterior. Bastaba verlo para descubrir que no podía ser sino un alto jefe de la Gestapo. Evidentemente, el Obergruppenführer Kaltenbrunner no era hombre capaz de caer en la flaqueza de manifestar sentimientos humanitarios hacia quienes eran enviados a los campos de concentración alemanes.

Durante nuestra entrevista el Obergruppenführer Kaltenbrunner se mostró cortés, frío y sereno, pero no disimulaba su curiosidad por conocer mis intenciones. Quería saber el motivo de mi gran interés por hablar con Himmler. Mientras saboreaba el Dubonnet —aperitivo tan a tono con el ambiente elegante del "chalet" de Wannsee y que reflejaba el tipo de vida que llevaba el jefe de la policía de seguridad pocos meses antes del derrumbamiento—, aquel personaje se esforzaba por convencerme de lo muy difícil que era organizar mi deseada entrevista con Himmler. Proponía que yo le confiara el secreto de mi misión para que luego él discutiera el asunto con su jefe. Huelga decir que me era imposible aceptar semejante proposición y que se multiplicaban mis esfuerzos por conseguir que me ayudara a llegar hasta Himmler, pese a que me abstenía de hablar concretamente de mis intenciones reales.

He aquí, según mis notas, una síntesis de nuestra conversación:

Bernadotte. — Como usted sabe, las relaciones entre Alemania y Suecia distan mucho de ser ideales. Los sentimientos que prevalecen en el reino son bastante contrarios a Alemania, y no es poca la agitación provocada por las barbaridades cometidas en Noruega y Dinamarca. Para darle un ejemplo concreto, me referiré a la desolación que los invasores provocaron en el norte de Noruega, y sobre todo a la aplicación del sistema de los rehenes. Existen muchas pruebas de esa táctica, que se halla en pugna con todos los convenios internacionales. Ahora bien; Herr Reichsminister Himmler ocupa una posición tan elevada que puede ordenar medidas destinadas a mejorar el sentimiento de los suecos para con Alemania. Si no me equivoco, este es un punto que interesa al Reich en primer término.

Kaltenbrunner.—¿Tiene usted alguna misión oficial encomendada por su gobierno?

Bernadotte.—No la tengo, pero sí puedo manifestarle que tanto el gobierno sueco como la totalidad del pueblo comparten la opinión que yo he expresado.

Kaltenbrunner.—Sé que distan mucho de ser buenas las relaciones entre ambos países y deploro ese hecho, pero también me consta que el Reichsminister Himmler tiene especial interés en fomentar las buenas relaciones entre Alemania y Suecia. Por otra parte, la captura de rehenes ha demostrado ser una medida necesaria para poner coto al sabotaje. Los rusos han tomado medidas de esa índole sin que la opinión sueca reaccionara contra ellas.

Bernadotte. — A Alemania debiera importarle muchísimo no tener a Suecia como enemiga, gane o pierda la guerra.

En aquel momento terció en la conversación otra persona: el Brigadeführer Schellenberg. Dijo:

—Para Alemania sería grave desastre que Suecia entrara en la guerra en favor de sus enemigos.

El Brigadeführer Schellenberg estaba llamado a representar un papel muy importante en las actividades que yo debía desplegar en Alemania durante los últimos meses de la lucha. Me parece, por consiguiente, que conviene presentarlo.

Walter Schellenberg, hombre de aproximadamente 35 años de edad, me dió la impresión de ser desde todo punto de vista diametralmente opuesto a Kaltenbrunner. Era jurista y en 1940 recibió su nombramiento como miembro de la sección política de la oficina central de informaciones de Alemania; cuatro años después, es decir, en 1944, pasó a ocupar el puesto de jefe general de esa entidad. Como tal, representaba un papel muy importante, siquiera fuese porque trabajaba —y eso pude observarlo personalmente— con afán guiado por la esperanza de modificar la política alemana, cuando menos desde el punto de vista de la política exterior. Este era uno de los motivos por los cuales se empeñaba en contrarrestar la bestialidad de la Gestapo.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 4)

Durante mis conversaciones ulteriores me manifestó que Kaltenbrunner lo odiaba y que había llegado hasta el grado de esforzarse, aunque sin resultado favorable, por convencer a Himmler de que él (Schellenberg) trabajaba en favor del "Secret Service" británico. Confieso que me inspiró confianza desde el primer momento y que jamás dejaré de agradecer la ayuda eficaz y positiva que me brindó en relación con la obra de la Cruz Roja en Alemania.

Mas volvamos a la entrevista con Kaltenbrunner. Continuó nuestra conversación. El jefe de la policía de seguridad no cejaba en sus tentativas por averiguar qué razones tenía yo para solicitar la entrevista con Himmler. Una y otra vez inquirió si yo tenía alguna proposición concreta que formular. Para evitar un diálogo demasiado intenso tuve que expresarme en términos de una rotunda negativa. Bien sabía que si Kaltenbrunner llegaba a conocer mis intenciones haría cuanto estuviera a su alcance para impedir que Himmler me concediera la audiencia solicitada. Nada dije, por lo tanto, sobre la parte principal de mis planes; me limité a manifestarle que deseaba obtener el visto bueno para un permiso de evacuación de todas las mujeres suecas casadas con alemanes y que tenían hijos, especialmente aquellas que hubieran perdido sus hogares como consecuencia de los bombardeos o cuyos esposos hubieran muerto o desaparecido. Además, solicité autorización para que los miembros de la Cruz Roja Sueca pudieran entrar en los campos de concentración alemanes. Y he aquí un hecho curioso: Kaltenbrunner se mostró bastante bien dispuesto en el sentido de acceder a mi solicitud. Entonces le pregunté si, después de la aclaración, comprendía lo muy importante que para mí era ser recibido en audiencia por Himmler, pese a que los sentimientos del pueblo sueco no habrían de modificarse, aun en el caso de que mi pedido se viera satisfecho. Kaltenbrunner replicó en tono enérgico que, en efecto, me había entendido.

Cuando salí de su casa pensé que existían buenas perspectivas para mi entrevista con Himmler.

El ministro de Relaciones Exteriores, Joachim von Ribbentrop, me recibió en el edificio de la Cancillería, que, dicho sea de paso, estaba parcialmente dañado por las bombas. Su despacho se hallaba intacto. El alto funcionario tenía el aspecto de un hombre vigoroso que se daba cabal cuenta de su importancia y que se creía excelente. Me invitó a tomar asiento junto a la chimenea, en la cual ardían trozos de leña, e inmediatamente comenzó a hablar. Consulté mi reloj para verificar la duración de la entrevista. Los pormenores de la audiencia fueron los siguientes:

Pocas horas después de mi llegada a Berlín me informaron que en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania tenían enorme interés por conocer los motivos de mi visita a la capital alemana y que ante todo deseaban saber por qué razones mostraba yo tanto empeño por hablar con Himmler. Era un secreto a voces que las relaciones entre von Ribbentrop y el jefe de la Gestapo distaban bastante de ser cordiales. En momentos en que me encontraba comiendo en la legación sueca, cuyas oficinas provisionales funcionaban en la Rauchstrasse, muy cerca del edificio donde antes se hallaba aquélla (completamente destruído por las bombas), recibí un mensaje de von Ribbentrop para informarme que éste deseaba verme al día siguiente. Semejante invitación explica por qué al salir de la residencia del Obergruppenführer Kaltenbrunner me trasladé directamente en automóvil al Ministerio de Relaciones Exteriores.

Consulté el reloj. La audiencia llevaba ya una hora y siete minutos. Durante todo ese tiempo habló von Ribbentrop sin callar ni un momento y sin que yo pudiera pronunciar palabra alguna.

Al revisar mis apuntes puede resumir sus palabras. En primer término agradeció con frases afectuosas y elevados conceptos la obra que yo realizaba en pro del cambio de prisioneros de guerra, como asimismo la ayuda que la Cruz Roja Sueca prestó tanto en Holanda como en otros países. Acto continuo entró de lleno en materia, expresándose a veces en términos sentimentales y con voz vibrante, y hablando ocasionalmente con tanta energía que me parecía hallarme en una sala de ópera mientras el ministro llegaba al punto más alto de su exposición.

De cuando en cuando hacía referencias a su propia persona y se expresaba con humildad. Poco a poco fué explicándome la diferencia entre el nazismo y el bolcheviquismo. Según su entender, Hitler había logrado convencer a los obreros alemanes para que mantuvieran las distintas clases sociales, si bien es cierto que introduciendo algunas modificaciones concordantes con las doctrinas nazis; el bolcheviquismo, por el contrario —argüía—, enseñó a los rusos a abolir y liquidar las clases elevadas y dirigentes. Tal era, según von Ribbentrop, la diferencia básica entre ambos credos.

Conforme avanzaba la conversación intentó explicarme por qué en agosto de 1939 Alemania consideraba que era absolutamente indispensable marchar juntamente con Rusia; más aun, narró lo sucedido en sus entrevistas con Stalin y Molotov. A ese respecto conocí un episodio de la visita de este último después que terminaron las conferencias en Berlín.

¿A qué obedeció que von Ribbentrop invitara al comisario ruso de Relaciones Exteriores? A que en Alemania ya comenzaban a sospechar de los rusos en vista de que para formalizar ciertos tratados comerciales enviaron a no menos de 960 delegados. No cabía duda —expresó von Ribbentrop— de que los rusos llegaron al Tercer Reich para dedicarse al espionaje. Guiados por otros signos —continuó mi interlocutor—, en Berlín entendían que era inevitable la guerra entre Alemania y Rusia, y hasta se tenía conocimiento de un hecho concreto: que Rusia pensaba atacar a Alemania a fines de agosto de 1941.

Sin embargo, el hecho decisivo, o sea el que impelió a los alemanes a tomar su resolución, fué una conversación que von Ribbentrop mantuvo con Molotov durante uno de los bombardeos contra Berlín, a raíz de un banquete de gala servido en honor de los representantes rusos. Permanecieron varias horas en uno de los refugios antiaéreos, y en aquellas circunstancias Molotov pidió insistentemente bases en ciertos puntos del Skagerak y del Kattegat (Dinamarca), pretensión a la que von Ribbentrop no quiso acceder de modo alguno. Huelga decir que el motivo principal era que él no deseaba ver a los países nórdicos "rusificados".

Toda Europa —dijo von Ribbentrop a continuación— estaba en peligro de caer bajo el comunismo en caso de que fuera roto el frente oriental. Afirmó que tenía conocimiento íntimo de los planes de Stalin; según él, consistían, sencillamente, en la creación de varias repúblicas soviéticas en Europa. Mencionó los nombres de algunas personas a quienes Stalin ya había señalado como jefes de los nuevos estados comunistas; pero tuvo buen cuidado de omitir a Alemania y los países escandinavos.

Me aseguró que en el supuesto caso de la derrota de Alemania, los bombarderos rusos volarían sobre Estocolmo antes que hubieran transcurrido seis meses, y que la familia real de Suecia y yo mismo seríamos fusilados sin misericordia por los comunistas. Pretendía asimismo saber, a través de las conversaciones con Stalin, que éste abrigaba la intención de conquistar a toda Europa, la India y China, y opinaba que cada bomba que Churchill y Roosevelt dejaban caer sobre Alemania representaba nada menos que un clavo en el féretro del Imperio Británico y de los Estados Unidos. Además, me informó que poco antes había realizado un último esfuerzo, por intermedio de ciertos conductos, para hacer que los gobiernos anglosajones comprendieran lo que habría de ocurrir en caso de una derrota alemana. El había aconsejado a Churchill y Roosevelt que suspendieran la ofensiva en el frente del Oeste y que cesasen los bombardeos de ciudades alemanas. Agregó, no obstante, que tenía muy pocas esperanzas de que aquella tentativa se viera coronada por un éxito halagüeño.

A continuación von Ribbentrop modificó con poca lógica sus argumentos. Sobre la base de lo que acababa de exponer, sacó como conclusión que, desde el punto de vista de Alemania, resultaría más conveniente que Rusia ocupara todo el continente y no los aliados. Von Ribbentrop decía que en caso de un derrumbe en el Este, o sea en la línea del Oder, los alemanes debían arrojarse en brazos de los rusos y trasladar gran cantidad de divisiones al frente occidental, en vez de capitular ante Gran Bretaña y los Estados Unidos. Si el frente oriental cedía, el hecho constituiría una señal de que la Divina Providencia deseaba ver a Europa completamente dominada por el comunismo. Alemania se volvería comunista en cualquier caso, inclusive en la hipótesis de que las tropas británicas y norteamericanas ocuparan la parte occidental y el centro de Alemania, ya que después de cierto tiempo la presión ejercida por Stalin sería tan grande que sus aliados se verían obligados a abandonar el continente, que entonces sería ocupado por las tropas rusas.

A través de conversaciones que tuve con otras personalidades alemanas pude informarme de que von Ribbentrop pertenecía a la camarilla formada en el seno de los gobernantes alemanes que deseaba llegar a un acercamiento con Rusia y anhelaba seguir una política común.

El ministro de Relaciones Exteriores de Alemania opinaba que una Rusia fuerte y una Alemania igualmente poderosa estarían en condiciones de dominar conjuntamente a Europa. Muchos alemanes que ocupaban altas posiciones me manifestaron sus temores a ese respecto. Temían, en efecto, que aquellos conceptos políticos llegaran a obtener mayoría en el seno del Gobierno. Cada vez que conversé sobre ese punto afirmé que no existía ni siquiera la mínima posibilidad de que se realizara un pacto semejante, aun en el caso de que tal fuera el deseo del gobierno alemán; siempre tuve la firme convicción de que Stalin no podía prestarse a una coalición de esa naturaleza, puesto que ipso facto su alianza con Gran Bretaña y los Estados Unidos quedaría rota automáticamente.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 5)

El señor von Ribbentrop añadió:

—Adolfo Hitler es el único hombre de Europa que ha comprendido que todo el continente se vería arrastrado al comunismo si llegara a producirse el derrumbe de Alemania. Es una tragedia terrible que Gran Bretaña y Alemania estén en guerra, situación tanto más lamentable cuanto que pudo haberse evitado si los británicos no hubieran atacado al Reich.

Después analizó el problema de Finlandia y expresó su profundo pesar por el hecho de que los finlandeses no hubieran tenido una visión suficientemente clara para descubrir cuál habría de ser el destino de su país después de celebrar la paz con Rusia; más aun, pronosticó que el general Mannerheim correría la misma suerte que los gobernantes de Rumania y Bulgaria, es decir, que sería fusilado. Y al llegar a este punto pasó inopinadamente a tratar de los métodos que los alemanes empleaban en los países ocupados. Con gran energía confirmó que, en el fondo, Alemania otorgaba excesiva bondad a los pueblos ocupados, y luego llegó lo que reputo como la parte mejor de su larga perorata. Formuló una pregunta. Quería conocer mi opinión respecto al siguiente punto: ¿cuál era la personalidad máxima de nuestros días? Sin darme tiempo para responder, lo hizo él mismo y dijo que el hombre más grande de nuestros días era Adolfo Hitler.

El ministro de Relaciones Exteriores terminó por manifestar que Adolfo Hitler siempre hizo gala de sentimientos sumamente amistosos para con Suecia. Agregó que no había persona alguna que respetara tanto como él al Rey de Suecia.

En aquel momento tuve oportunidad de decir algunas palabras. Como antes lo hiciera en presencia de Kaltenbrunner, le expliqué cuáles eran los sentimientos de los suecos y no le oculté que existía franca hostilidad hacia Alemania. Sin embargo, también sobre ese tema expresó von Ribbentrop puntos de vista tan originales como personales. Dijo que lamentaba mucho que entre los suecos existiera semejante estado de ánimo; pero al mismo tiempo añadió que no podía comprender tal actitud. Argüía, por ejemplo, que para Suecia había sido muy provechosa la presencia de las tropas alemanas en Noruega y opinó que de no haber sido por esa situación los británicos acaso hubieran ocupado el país.

—En tal caso —añadió con el aplomo de quien está seguro de sus palabras—, en Londres no habrían respetado las fronteras suecas en la forma en que lo hicieron los alemanes.

Finalmente me preguntó el señor von Ribbentrop si yo tenía alguna proposición concreta para mejorar la situación. A decir verdad, en ningún momento sentí deseos de hacerle conocer proyectos que sólo pensaba exponer ante Himmler; de ahí que me limitara a expresar la esperanza de ver a la Cruz Roja Sueca trabajando en los campos de concentración alemanes. Von Ribbentrop estuvo de acuerdo sobre ese punto; más aun, afirmó que para él sería un gran placer saber que podía realizarse mi entrevista con Himmler. Le propuse entonces que volviéramos a reunirnos después de mi conversación con el jefe de la Gestapo, cosa que él aceptó.

Algunos apodaban a von Ribbentrop (¡mucho tiempo ha transcurrido desde aquellos días!) el Bismark del siglo XX. No podría negarse que él terminó la obra de aquel estadista. Sin embargo, la modificó en gran parte y al final de cuentas la hizo alcanzar proporciones mayores. Porque es indudable que puso el sello de su personalidad a la política exterior del Tercer Reich desde aquel día del año 1938 en que se instaló en la oficina principal del Ministerio de Relaciones Exteriores. Joachim von Ribbentrop triunfó en Munich en 1938 y volvió a salir airoso en Praga al año siguiente. Y sobre todo conquistó laureles en Moscú cuando firmó el pacto ruso-alemán de 1939. A Hitler no le disgustaba la política de Ribbentrop y aprobaba los procedimientos aplicados para realizarla. Cuando cierto día de la primavera de 1945 conversé con él y otros altos funcionarios nazis en una entrevista que se inició pocos minutos antes de mediodía, tuve la impresión de que Hitler no sólo lo respaldaba, sino que, además, le otorgaba plena aprobación. Herr Ribbentrop fué el hombre que extendió por el mundo aquella política que el Tercer Reich creía poder imponer por la fuerza. A juzgar por todas las apariencias, el Fuehrer opinaba que su ministro de Relaciones Exteriores era un benemérito de la patria.

Mientras me hallaba en la oficina de von Ribbentrop en la "Auswärtiges Amt", escuchando su larga perorata —una conferencia que me daba la impresión de ver a mi interlocutor sentado sobre un disco rayado de gramófono—, no pude menos que pensar que en el fondo aquel personaje tenía capacidad limitada y con cierto cariz risible. Algo cabía esperar, no obstante, ante el hecho de que una persona

en esas naciones y sobre la distribución de los mismos. Tal es la opinión de los observadores diplomáticos.

Tal como paso con otros asuntos, en Potsdam se dividió en general lo que se ha llamado "bolsa de guerra", participando Rusia, por una parte, y los Estados Unidos y Gran Bretaña, por otra. Ya se sabe cómo arreglará Rusia sus asuntos con Polonia, pero el comunicado no dice nada sobre las reparaciones para Bélgica, Noruega, Holanda, Dinamarca y los Balcanes, suponiéndose que recibirán parte del equipo industrial alemán de la zona occidental, el que probablemente no lo querrán Gran Bretaña y los Estados Unidos, por ser anticuado, dedicándose únicamente a la reconstrucción de

gestión pulmonar, me recibió en su habitación y me suministró algunos detalles acerca del establecimiento. En primer lugar me informó que estaba completamente lleno. Entre los refugiados figuraban numerosas criaturas, ochenta de las cuales habían tenido que ser sometidas a diversas amputaciones quirúrgicas como consecuencia de heridas de bala y congelación. Las palabras del profesor Gebhardt me hicieron comprender que en ese hospital predominaba una situación espantosa. Pues bien; en aquel ambiente se realizó mi conferencia con Heinrich Himmler, jefe de la S. S., de la Gestapo y de todas las entidades policiales de Alemania, amén de ministro del Interior y comandante en jefe de la Volksturm; el hombre que, valiéndose de sus organizaciones terroríficas, había "criminalizado" la política hasta el punto de hacerla irreconocible, y que en los últimos tiempos logró conservar la cohesión del Tercer Reich tambaleante.

William Shirer, cronista radial norteamericano que hace algunos años se hizo famoso por haber publicado su libro "Berlin Diary", en el cual describió muchos de los episodios de la Alemania nazista hasta fines del año 1940, pintaba a Himmler como "un pequeño señor miope que tiene el aspecto de maestro rural". Por mi parte, puedo afirmar que semejante descripción reproduce en forma harto característica la imagen del jefe supremo de la Gestapo, analizado desde un punto de vista exterior.

En el momento en que lo vi aparecer casi sorpresivamente, con sus lentes de carey y el uniforme verde de la "Waffen-SS" desprovisto de toda clase de condecoraciones, me dió la impresión de hallarme en presencia de un funcionario insignificante. Seguro estoy de que si lo hubiera visto pasar por la calle, su persona se habría diluído en la multitud. Sus manos eran pequeñas y finas; manos sensibles. No me pasó inadvertido que aquel hombre utilizaba los servicios de una manicura, no obstante el hecho de existir prohibiciones expresas sobre ese punto para el personal de la SS. Se mostró sorprendentemente cortés y amable; dió muestras de tener cabal sentido del buen humor y hasta de inclinarse a lo satírico, y en más de una ocasión fué chistoso para alegrar el ambiente. No había nada diabólico en su aspecto o en su modo de ser. Por lo demás, no descubrí aquella su mirada fría que tantos comentarios ha motivado.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 6)

Durante la conversación que tuve con él, Himmler se mostró alegre y en cierto modo sentimental al hacer referencias al Fuehrer, sin que esto fuera óbice para que en otros momentos apareciera como poseído de gran entusiasmo. ¡Cuán raro me resultaba estar en compañía de tal personaje y escuchar su voz! Ante mí se hallaba el hombre que, empleando los medios más vergonzosos, provocó la muerte de millones de seres. Nació en mí una rara impresión de curiosidad cuando lo oí hablar. En efecto; no pude menos que prestar gran atención cuando me habló de la forma noble de guerra que se desarrolló entre los ejércitos británicos y alemanes en Francia durante el verano de 1944, cuando a menudo cesaba la lucha para que los contrincantes pudieran proceder al retiro de sus heridos.

Creo que vale la pena señalar la reacción que observé en él hacia el final de la conferencia. Le entregué una monografía del siglo XVII referente a algunas inscripciones rúnicas descubiertas en Suecia. Un noruego que trabajaba entre los prisioneros de guerra retenidos en Alemania me había suministrado un dato de interés al informarme que Himmler se interesaba muchísimo por las runas nórdicas. Y así era: el severo jefe, verdaderamente emocionado, llegó hasta decirme que aquel gesto de amabilidad de mi parte lo conmovía y que mi obsequio merecía un agradecimiento tanto más sincero cuanto que de ese modo yo estaba demostrándole que deseaba complacerlo, pese a las circunstancias que reinaban a la sazón. Hoy me pregunto si su actitud fué de miedo ante la perspectiva del destino que le esperaba, si obedeció a mero sentimentalismo o si simplemente se dejaba guiar por el interés de tratar con un hombre que expresaba sus opiniones sin rodeos y que lo hizo intervenir en favor del profesor Seip, rector de la Universidad de Oslo y uno de los más conspicuos paladines de la libertad noruega. No podría contestar a ese interrogante. Sólo pude llegar a la conclusión de que Himmler era uno de los individuos más complejos que he conocido.

Recuerdo lo que al hablar de Himmler me decían dos grandes patriotas: el profesor Seip y el obispo Berggrav. La opinión de ambos coincide con mis impresiones. Seip salió del campo de concentración en donde se hallaba recluído, y entonces Himmler se disculpó por el tratamiento brutal a que estuvo expuesto el hombre de ciencia en aquel lugar; más aun, le brindó facilidades para que continuara su labor de estudioso y hasta quiso concederle un sueldo igual al que le correspondía en su carácter de rector de la Universidad de Oslo. Al hablar después sobre el tema, Seip me manifestó que Himmler era, a su modo, un idealista guiado por un gran afecto a los pueblos nórdicos.

En mayo de este año estuve con el obispo Berggrav en Oslo; parece que también él compartía aquella idea. Me contó que Himmler lo visitó en cierta ocasión. Al verse en presencia del jefe de la Gestapo, el prelado le preguntó si deseaba que se expresara sin ambages, o si únicamente deseaba escuchar frases que lo halagaran. La respuesta de Himmler fué clara: quería conocer exactamente el pensamiento de Berggrav. Y lo escuchó. A raíz de semejantes expresiones, Terboven, protector de Noruega, sugirió que Berggrav fuese fusilado, procedimiento que Himmler no autorizó.

No existe ningún atenuante que libre a Heinrich Himmler de la enorme culpa que fué acumulando día tras día; nada, absolutamente nada permitiría disculparlo. El creó el sistema de los campos de concentración, y aun en el caso de que fuera cierta su alegación de que nada sabía respecto a las crueldades fantásticas que originó aquel sistema, no por eso su responsabilidad disminuye un ápice. Cuando el obispo habló con él, pudo demostrarle que estaba perfectamente enterado. Hay, asimismo, otros indicios de que no ignoraba la situación en que se encontraba. Sus dificultades tenían dos puntos de partida: por una parte, la situación militar, y por otra, la posición que ocupaba con respecto a su Fuehrer, Adolfo Hitler.

Cuando le pregunté a Himmler si no le parecía conveniente que concluyese la guerra, puesto que ya era absolutamente imposible que Alemania pudiera salir victoriosa del conflicto, me contestó que todo alemán debía luchar como un león antes de terminar. Reconocía que la situación era grave; más aun, gravísima; pero afirmaba que todavía no estaban perdidas todas las esperanzas. Cuando se hizo cargo del mando superior en el frente del Oder, éste se hallaba con un trecho de 350 kilómetros de longitud abierto a la ofensiva rusa. Recibió la orden de tapar la brecha y cumplió esa orden mediante el procedimiento de retirar tropas de aquellos sectores en donde se desplegaba poca actividad, como asimismo mediante el reclutamientot de fuerzas nuevas. Por el momento no existía mayor peligro de un derrumbe en aquel frente.

Ahora bien; si aquellas líneas miraban hacia fuera y su defensa resultaba difícil, lo cierto es que el frente interno motivaba muchos más dolores de cabeza para Heinrich Himmler. Pude comprobar que en aquel período el jefe de la Gestapo se mantenía estrechamente adicto a Hitler. Y no es mera fantasía de mi parte, puesto que él mismo me dijo así, expresando su lealtad inquebrantable para con el Führer.

—Tal vez opine usted que esto es puro sentimentalismo que en cierto modo parezca risible; pero afirmo que le he jurado lealtad a Adolfo Hitler y no puedo quebrantar ese juramento porque soy soldado y porque soy alemán. Así se explica que tampoco me halle en condicionsd de tomar determinadas resoluciones que juzgo completamente contrarias a las intenciones y deseos del Führer.

Cabe la posibilidad de que en aquellos días Hitler tuviera todavía alguna actuación. Quizá el mando efectivo ya no estuviera en sus manos; pero no resultaba difícil descubrir que muchas de las personas que lo rodeaban seguían respetándolo y no se habrían atrevido a hacer nada contra su voluntad. La influencia de Hitler se dejaba sentir como antes y era importante, si bien adquirió un cariz negativo: el jefe supremo ya no tenía iniciativas propias y, en cambio, se limitaba a prohibir medidas ordenadas por sus colaboradores.

Poco tiempo antes de mi viaje a Alemania supe que M. Musy, presidente de la Confederación Suiza, había celebrado con Himmler un convenio, por el cual se establecía que los judíos del campo de concentración de Theresienstadt debían ser trasladados a Suiza, en tránsito para los Estados Unidos. La prensa mundial dió amplísima publicidad a la noticia. Uno de los empleados de la oficina de prensa de Hitler se enteró del asunto e inmediatamente informó a su jefe, con el resultado de que Himmler recibiera la orden de presentarse ante el Führer.

Hitler preguntó cuáles eran las ventajas que Alemania había logrado a guisa de compensación e Himmler no tuvo más remedio que roconocer que no hubo ninguna. Hitler sufrió entonces uno de sus ataques de ira y prohibió que a partir de aquel día se realizaran traslados de judíos en los términos del convenio. ¿Qué remedio le quedaba a Himmler, sino inclinarse ante la orden de su superior? Cesaron de pronto los transportes, y cuando Musy volvió a Berlín le fué absolutamente imposible lograr que el jefe de la Gestapo le concediera una audiencia.

Con ese antecedente en la memoria tuve que iniciar mis idas y venidas por Alemania. No había decaído la indignación de Hitler por las facilidades concedidas anteriormente, y, por su parte, Himmler no podía, no se atrevía o sencillamente no quería contrariar a su amo. Algún tiempo después me contó Schellenberg que en aquella época existía cierta tensión entre el Führer y el jefe de la Gestapo. Himmler declaraba y reiteraba su más firme lealtad, pero su porvenir iba obscureciéndose.

—Existe —díjome Himmler— el propósito de que los noruegos y daneses que actualmente se hallan en los campos de concentración alemanes, y a quienes ustedes desean llevar a Suecia, sean entrenados para actuar como policías. Hay muchas personas que ya están recibiendo ese tipo de enseñanza en Suecia. ¿Creen ustedes sinceramente que puede llamarse neutral un país que se presta a semejante cosa?

Himmler expresaba sus palabras con extraordinaria energía, y cuando le expliqué que yo nada tenía que ver con tales problemas, se apresuró a añadir:

—Si yo aprobara su proposición, es casi seguro que la prensa sueca diría con grandes letras que en esta etapa final del conflicto, el criminal de guerra Himmler está tratando de comprar su libertad porque tiene miedo a las consecuencias de sus actos.

Habíamos llegado al punto decisivo, cuya discusión se prolongó por espacio de dos horas y media en presencia de Schellenberg. Siguiendo mi norma habitual de conducta, comencé por referirme a la hostilidad de los sentimientos suecos para con Alemania. Himmler se lanzó entonces a la ofensiva inmediata. Escuché de sus labios gran cantidad de argumentos que, según él, permitían comprender la inocencia de la política alemana y lo mucho de humanitario que tenía. Expresó que toda la culpa debía serle achacada a la prensa sueca, y en primer término al "Handelstidning", de Göteborg.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA NACION AGOSTO 7 1945.

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 7)

Los aliados principiaron, decía Himmler, por dejar caer paracaidistas destinados a cometer actos de sabotaje, y sostenía que si las condiciones de vida desmejoraron en forma catastrófica en Francia, Bélgica, Italia y Grecia, el desequilibrio no se debió al régimen alemán, sino a la intervención de los aliados. En el verano de 1941 los alemanes habrían podido ocupar con toda facilidad la totalidad del territorio francés y, sin embargo, no lo hicieron. Mi interlocutor sostenía que en cuanto a esos factores, era indispensable hacer todos los esfuerzos posibles por evitar que se unieran los elementos adversos en aquellos puntos en donde la población luchaba ya, o estaba preparándose para hacerlo, contra las tropas alemanas. En tal caso —y ésta fué la tesis final—, era lógico proceder con el mínimo de consideraciones.

Aquello no era sino una interminable serie de explicaciones, excusas y palabras carentes de sentido concreto. Sin embargo, Himmler reconoció una cosa. Cuando le pregunté si él mismo no se lanzaría a luchar contra los invasores de su país en caso de ocupación; mejor aun: cuando, para ser todavía más claro, inquirí si no podía ver que los patriotas noruegos y daneses se limitaron a cumplir un deber nacional, él contestó afirmativamente:

—Sí, lo comprendo —dijo.

Pero a renglón seguido añadió que los saboteadores debían estar preparados para recibir el castigo y sufrir las consecuencias de sus actos.

Sin vacilar repliqué que no era eso lo que provocaba la reacción popular contra Alemania, sino el sistema de tomar rehenes y matar a individuos inocentes; tales procedimientos están en pugna con los pactos internacionales y no condicen con los conceptos humanitarios aceptados por las naciones civilizadas. Himmler negó toda veracidad a esa acusación, motivo por el cual hube de hacer mención de varios casos concretos. Se limitó a sostener que aquello no podía ser cierto.

En una entrevista celebrada ulteriormente volvió, no obstante, a discutir el mismo tema, y esa vez confesó que se había realizado una investigación ordenada por él y que los resultados de la pesquisa me daban la razón. Ignoro si todo fué pura comedia; pero, en caso afirmativo, el jefe de la Gestapo habría dado pruebas de ser excelente actor.

En el momento más oportuno escuché la pregunta de siempre: ¿tenía yo algo concreto que proponer? A modo de respuesta inquirí a mi vez si no era mejor que *él mismo* señalara alguna medida positiva que permitiera mejorar la situación. Entonces Himmler declaró que no tenía nada que proponer.

En aquel preciso momento pedí el traslado de los noruegos y daneses a Suecia para su internación. Himmler reaccionó al instante y adoptó una posición negativa. Amén de reiterar algunos de sus conceptos anteriores, agregó que tanto Suecia como los aliados tendrían que ofrecer alguna compensación por el permiso solicitado, y a modo de ejemplo habló de una propuesta de que habría de terminar todo el sabotaje en Noruega.

Al escuchar tales palabras me pareció ver como si una sombra se moviera en la sala: la sombra de Hitler. Inmediatamente después del convenio celebrado con M. Musy, Hitler preguntó cuál era la compensación que ofrecían a Alemania. Idéntico interrogante se habría escuchado si Himmler hubiera llegado a pactar algo parecido conmigo. Porque Heinrich Himmler no tenía las manos libres; no era el hombre todopoderoso que muchos creían. El Führer estaba con vida y por una u otra causa había que tomarlo en cuenta.

Yo expliqué que de ninguna manera podía apoyar la tesis de la compensación, y no me quedó más remedio que reconocer que mi proposición no nos llevaría a ningún acuerdo. Tropecé con una negativa absoluta de Himmler. Más tarde debía producirse el cambio. Por el momento dirigí la conversación hacia un terreno más fácil. Expliqué que la Cruz Roja Sueca tenía sumo interés en que le otorgaran un permiso para trabajar en los campos de concentración y sobre todo en aquellos lugares en donde se hallaran internados noruegos y daneses.

Himmler.—Un acuerdo de esa clase será provechoso y no creo que tropiece con mayores dificultades.

Bernadotte.—¿No opina usted que por motivos prácticos todos los noruegos y daneses deben ser concentrados en campos separados, para que así se facilite entre ellos la asistencia de la Cruz Roja? El total aproximado de los prisioneros escandinavos se eleva a unos 13.000.

Himmler.—Esa es una cifra sumamente exagerada. Ignoro los cómputos exactos, pero no puede tratarse de más de dos a tres mil individuos. Ordenaré una investigación para establecer la cantidad verdadera.

Tras este diálogo, cabía interpretar que Himmler aceptaba. No rechazaba mi propuesta respecto al retorno a Noruega de los ancianos, los enfermos y las madres, luego de haberlos reunido en uno o más campamentos. Tampoco protestó contra mi pedido de que se admitiera al personal de la Cruz Roja Sueca en los campos de concentración, a fin de que tomara a su cargo las tareas relacionadas con el traslado de los prisioneros.

Me quedaba por hacer una pregunta inherente a un asunto muy importante. Se trataba de las mujeres suecas casadas con alemanes, y que, por consiguiente, figuraban a la sazón como ciudadanas del país de sus maridos. Tales mujeres debían salir de Alemania. Al analizar ese detalle tan delicado me apresuré a explicar que yo entendía perfectamente, no sólo los sentimientos, sino también el punto de vista de Alemania en el sentido de que todos los ciudadanos tenían el deber de cumplir, como los demás, las obligaciones impuestas en virtud de la situación reinante.

Al mismo tiempo tuve oportunidad de decir y señalar lo práctico que sería que las mujeres que se hallaran sin hogar, lo mismo que aquellas cuyos esposos o hijos mayores de edad hubieran muerto o figurasen entre los desaparecidos, fueran trasladadas a Suecia, en donde podrían vivir con sus respectivas familias. La legación de Suecia ya había preparado listas de personas que se encontraban en semejante situación. No abarcaban sino los casos más apremiantes. Cuando llegaron a manos de Himmler, el jefe de la Gestapo protestó inmediatamente y señaló que entre los nombres figuraban los de algunos niños.

—No tengo ningún interés en enviar criaturas alemanas a Suecia —decía—. Allá les enseñarán a odiar a su país natal y sufrirán la befa de sus compañeros por el mero hecho de que sus padres eran alemanes.

Traté de tranquilizarlo sobre ese punto, y le hice notar que hasta para los padres alemanes debía ser motivo de satisfacción saber que sus hijos se encontrarían fuera de todo peligro; pero entonces me contestó:

—Los padres preferirían ver a los niños crecer en una choza alemana y no en un palacio de Suecia, país hostil a Alemania.

A despecho de sus razonamientos, entregó las listas a Schellenberg, quien algún tiempo después, cuando ambos habíamos regresado a Berlín, me comunicó que el asunto estaba casi arreglado. Quería encargarse personalmente de llevarlo a feliz término.

Resuelto aquel punto neurálgico, mi conversación con Himmler adquirió un carácter más corriente. El jefe de la Gestapo empezó por discutir cosas de indudable interés. Con la misma convicción que von Ribbentrop, se refirió al peligro del bolcheviquismo y pronosticó la caída de Europa ante la hipótesis de un derrumbe del frente occidental alemán. Dijo que la segunda guerra mundial era una lucha entre europeos y asiáticos; que el porvenir de Europa sería ruinoso en el caso de una victoria de los aliados; que en el transcurso de pocas semanas los soldados rusos cometieron indignidades con mujeres alemanas de diversas edades, y que realmente no alcanzaba a comprender cómo Suecia no abría aún los ojos para ver el peligro enorme que se mantenía en acecho allá en Oriente.

Bernadotte.—No olvidemos que durante un tiempo Alemania estuvo aliada con Rusia. ¿Cómo podría usted hacer coincidir ese detalle con lo que acaba de manifestarme?

Himmler.—Estaba seguro de que no tardaría en escuchar semejante observación. Sí; cometimos una equivocación. Pero pronto nos dimos cuenta de que los armamentos de Rusia crecían en forma tal que sólo quedaba el factor tiempo para que Rusia nos atacara.

Durante mi viaje, y por diversos conductos de información, pude saber que Himmler se opuso desde el primer momento a todo ataque contra Suecia. Su contrincante en aquella partida era von Ribbentrop. El ministro de Relaciones Exteriores deseaba una acción franca.

Mientras Himmler permanecía sentado y comentaba lo que ocurrió, no dejó de prever lo que podría desarrollarse si en el frente oriental cedían las fuerzas alemanas que se hallaban bajo su mando. Entonces volvió a referirse a las relaciones políticas entre Alemania y Suecia.

Himmler.—Recordamos con sincera gratitud lo mucho que hizo Suecia en el campo de las obras humanitarias durante la primera guerra mundial. En la contienda actual no hemos tenido muchos motivos análogos. Y, sin embargo, seguimos sintiendo cierta predilección por Suecia. Como prueba de la verdad de lo que digo, deseo que usted sepa que en 1941 queríamos ocupar su país. Aquella vez hubiera sido muy fácil realizar la ocupación.

Bernadotte.—Tiene usted razón; pero me parece que en la actualidad el asunto no sería tan fácil.

Himmler. — En realidad, nosotros no hemos pensado verdaderamente ocupar Suecia o Suiza, pese a lo que dice la prensa. Hasta decidí que ningún estudiante noruego fuese traído a Alemania; pero cuando me enteré de que los diarios suecos se expresaban en términos amenazadores, impartí órdenes para que trasladaran a dichos jóvenes.

Bernadotte.—La prensa sueca no ha desperdiciado las oportunidades para criticar a los aliados; por ejemplo, se escucharon comentarios acres después de la conferencia de Crimea y no faltaron quejas por la inclusión de determinadas personas en las listas negras.

Himmler.—No me había fijado en ese detalle. Por otra parte, supongo que yo figuro en primer término en las listas negras.

Me apresuré a aclarar que en el caso que discutíamos no se trataba de la lista de los criminales de guerra, sino de algo que sólo cabía en la esfera comercial. Himmler no pudo entonces contener la risa y expresó que en tal caso él nada tenía que ver en el asunto.

(Continuará)

LOS CONSULADOS DE LA

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 8)

Casi sin interrupción pasó Himmler a otro punto, y dijo que a principios del siglo actual creció en Alemania meridional un muchacho cuyo nombre estaba llamado a ser conocido en todo el orbe. Pertenecía a una familia burguesa; su padre fué maestro de un príncipe de Baviera. El joven sentó plaza en un regimiento de la Guardia, partió para la guerra y conquistó su ascenso a suboficial a la edad de 16 años. Terminada la guerra, el joven volvió a su hogar e ingresó en el Partido Nacjonalsocialista, que comenzaba a surgir.

—¡Ah! ¡Qué tiempos magníficos aquellos! —exclamó Himmler, que estaba sintetizando su propia vida—. Los miembros del nuevo partido nos veíamos en todo momento amenazados de muerte. No conocíamos, sin embargo, el miedo: Adolfo Hitler nos dirigía y nos unía. Aquellos fueron los años más maravillosos de mi vida. En esa época luché en favor de todo lo que consideré conveniente para Alemania.

Antes de terminar manifestó que el partido había realizado grandes progresos positivos, especialmente en el terreno social. Claro está que Himmler no hizo ninguna referencia a los muchos millones de judíos que el partido sacrificó desde aquellos tiempos. Ya que he rozado este punto, es bueno señalar que el hombre que figuraba como comandante en jefe del frente interno, es decir, de la Volksturm, durante las últimas fases de la guerra mundial, no llegó a recibir otra educación que la que en otros tiempos alcanzaban los suboficiales en la Alemania del emperador Guillermo.

En una oportunidad le pregunté a Himmler si no creía que entre los judíos podría haber mucha gente buena, como ocurre en las demás razas; más aun, le manifesté que yo mismo tenía muchos amigos israelitas. No fué poca mi sorpresa cuando Himmler reconoció que no me faltaba razón. Sin embargo, aprovechó la coyuntura para señalar que en Suecia no teníamos el problema judío y que a eso se debía que no comprendiéramos los motivos que conocían los alemanes.

Un hecho real indicaba que Himmler estaba cambiando desde el punto de vista de su actitud hacia los judíos; me refiero al convenio celebrado con M. Musy para la evacuación de cierto número de aquéllos. Algún tiempo después el jefe de la Gestapo accedió a mi pedido y prometió entregar a las autoridades militares aliadas los judíos internados.

Por fin tocaba a su término nuestra entrevista. Antes de despedirme me atreví a insistir en otro detalle nada insignificante: que los prisioneros escandinavos fueran concentrados en uno o dos campos destinados a ellos solos. Manifesté a Himmler que, evidentemente, teníamos opiniones muy distintas acerca de la cantidad de prisioneros procedentes de Noruega y Dinamarca que pudieran hallarse en los campos de concentración alemanes, y que por esa razón me permitía suplicarle que las personas civiles que a la sazón se encontraran en los campos fueran incluídas en la cifra total. No sólo me dió la razón, sino que, además, afirmó que antes de mi salida para Estocolmo me daría a conocer las decisiones tomadas sobre los otros asuntos que pude plantear durante nuestra larga conversación.

En momentos en que me retiraba, Himmler se dirigió a Schellenberg y le preguntó si teníamos un hombre experto para conducir nuestro automóvil. Schellenberg contestó que disponíamos de uno de los mejores, y aclaró que él hizo personalmente la elección porque el viaje ofrecía ciertos peligros, por las barricadas y otros obstáculos que estaban siendo colocados en las carreteras.

—Está bien —dijo Himmler—, porque, en caso contrario, podría suceder que los diarios suecos dieran a publicidad, y con grandes letras, una noticia sensacional: "El criminal de guerra Himmler asesina al conde Bernadotte".

Apenas hubo pronunciado esas palabras, abandonó la habitación.

* * *

Herr von Ribbentrop se mostró muy amable y dispuesto a complacerme cuando el 21 de febrero me presenté a su oficina del Ministerio de Relaciones Exteriores. Cumplía con esa visita mi promesa anterior de informarle acerca del resultado de mi entrevista con Himmler.

Ahora bien: comprobé con no poco asombro que von Ribbentrop ya tenía en su poder un memorándum que contenía todo lo conversado en aquella entrevista memorable. Me dijo que no pensaba oponerse de modo alguno al traslado de los prisioneros noruegos y daneses para reunirlos en campos de concentración especiales; asimismo aseguró que a las mujeres nacidas en Suecia se les otorgaría el permiso correspondiente para que pudieran abandonar el país. Hizo, no obstante, la salvedad de que las autoridades alemanas no contaban con los elementos necesarios para encargarse del transporte, ya que todo el material era indispensable para la guerra. Esto equivale a decir que a la Cruz Roja Sueca debía corresponderle la misión de organizar el traslado por sus propios medios. Von Ribbentrop se puso muy contento cuando le manifesté que nosotros podríamos arreglar fácilmente el asunto y que yo mismo viajaría en calidad de acompañante de las columnas de los evacuados. Prometió prestarme apoyo para el desarrollo de tales actividades, interviniendo ante Himmler y contribuyendo de su parte en todo lo posible.

Momentos después tocó su tema favorito: habló de los más recientes bombardeos de Dresde y Nurenberg, y señaló las posibles consecuencias. Indicó, por ejemplo, que en el partido nazi podía descubrirse cierta tendencia a aproximarse al comunismo.

Himmler cumplió su palabra. Me dió una explicación clara antes de mi regreso a Suecia. Inmediatamente después de salir del Ministerio de Relaciones Exteriores almorcé con el "Brigadeführer" Schellenberg, y durante las dos horas que estuvimos en la mesa él me informó que varias veces había interrogado a su jefe respecto a mi entrevista.

A juzgar por lo que dijo Schellenberg, Himmler quedó muy satisfecho de la visita, pero añadió que éste lo había autorizado a anunciarme que se aceptaban mis proposiciones, es decir, que las mujeres nacidas en Suecia tendrían permiso para salir del país (salvo, claro está, aquellas que hubieran tenido que ver con la policía y cuyos problemas debían ser tratados personalmente por Himmler), y que los prisioneros escandinavos serían conducidos a un campamento que funcionaba en la localidad de Neuengamme, cerca de Hamburgo. Además, se me otorgó autorización para comunicarme con el profesor Seip (cosa que ya había hecho), a quien se pondría en libertad para que representara los intereses noruegos en Berlín juntamente con la legación danesa. Por mi parte, prometí hacer cuanto estuviera a mi alcance para instalarme diez días después con mi cuerpo de la Cruz Roja en Warnemünde.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

LA NACION 9 agosto 1945.

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(*Continuación — 9*)

Estocolmo-Berlín-Friedrichsruh-Estocolmo

Cuando volví a Estocolmo sentía mi espíritu aliviado: quedaba sentada una base de mutua comprensión, podían salvarse muchas vidas humanas y Suecia se colocaba en situación de hacer algo por sus vecinos los pueblos nórdicos.

Inmediatamente después de mi llegada informé al gobierno; las autoridades aprobaron todo cuanto yo había convenido con Himmler y von Ribbentrop y también aceptaron el plan por el cual debía enviarse a Alemania una sección de la Cruz Roja Sueca por cuenta del Estado y con la ayuda del ejército, que debía poner a su disposición el equipo necesario. Traté el mismo punto con el general en jefe Jung, que otorgó su visto bueno al proyecto.

Sin demora alguna se procedió a efectuar la organización, tarea en la que participaron el Ministerio de Guerra y el Estado Mayor del ejército. Oportunamente nos comunicaron desde Alemania que el grupo no debía ser de más de 250 personas, razón por la cual se lo organizó en la siguiente forma: 3 pelotones automovilísticos de doce unidades cada uno y un pelotón de transportes con 12 camiones. En el destacamento fueron incluidas, asimismo, secciones de cocina, reparación y enfermería y un pelotón administrativo. Se designó al coronel Gottfrid Björck como jefe del conjunto.

El personal estaba íntegramente constituído por voluntarios procedentes tanto de algunas oficinas estables cuanto de otras organizadas sobre la base de adhesiones extraordinarias. En los uniformes se cambiaron los distintivos militares por los de la Cruz Roja.

El destacamento se reunió en Skane, de donde pasó a Malmö, en tránsito para Dinamarca, y el 11 de marzo llegó a Odense, población de la isla Fyen. Tanto la población en general como las autoridades municipales agasajaron con suma cordialidad a los miembros de la expedición, y la Cruz Roja Danesa se hizo cargo del alojamiento y la alimentación. Por otra parte, debe señalarse que los funcionarios daneses aprovecharon todas las oportunidades para hacer que nuestra estada en aquella localidad fuera lo más agradable posible.

El 12 de marzo cruzamos la frontera alemana y seguimos viaje, pasando por Flensburgo, Kiel y Lübeck para detenernos finalmente en el palacio de Friedrichsruh, destinado a servir como cuartel general del grupo expedicionario. Llegamos en horas avanzadas de la noche del 12 de marzo. Los viajeros escuchamos amables frases de bienvenida de labios de los propietarios del palacio, el duque Otto von Bismarck y su esposa, que hicieron cuanto estuvo a su alcance para que nuestra estada nos resultase grata. Todo se encaraba allí sobre una base de amabilidad, acción práctica y hospitalidad.

Oportunamente comunicaron por teléfono desde Berlín que se disponían a emprender viaje el Obergruppenführer Kaltenbrunner, jefe de la policía de seguridad, y otras personas del grupo que habitualmente rodeaba a Himmler. Dicha información partió del Brigadeführer Schellenberg, que mantenía contacto bastante íntimo con la legación de Suecia. Se decía que Kaltenbrunner abrigaba el propósito de anular el convenio celebrado entre Himmler y yo. Por informaciones que me fueron suministradas en fuente fidedigna, me enteré de que dicho señor expresó en más de una ocasión a varios de los representantes daneses en Berlín que yo debía de ser muy ingenuo si creía que los miembros de la Cruz Roja Sueca podían tener libre acceso a los campos de concentración alemanes. Mi informante añadía que se consideraba desde todo punto de vista imposible que prisioneros noruegos y daneses fueran trasladados a Suecia.

No me fué difícil comprender el razonamiento de Kaltenbrunner: la acción sueca no sólo era innecesaria, sino también completamente intolerable desde el punto de vista del Tercer Reich. No se podía permitir que representantes neutrales llegaran a tener conocimiento demasiado íntimo de las condiciones que reinaban en los distintos campos de concentración. Existía, desde luego, el peligro de que desaparecieran los últimos restos de prestigio que todavía le quedaban a la Alemania nazi si llegaban a revelarse los secretos más recónditos.

Al recibir esa comunicación telefónica de la legación de Suecia en Berlín contesté que de ningún modo estaba dispuesto a permitir que personas extrañas me dictaran medidas contrarias a los términos de lo convenido entre Himmler y yo. Afirmé, además, que el acuerdo en cuestión sólo podía ser anulado en virtud de un nuevo arreglo directo entre ambos. Todo eso lo dije clarsmente, pues no ignoraba que mis palabras estaban siendo escuchadas clandestinamente y que alguien se apresuraría a informar a Kaltenbrunner.

Aquellas conversaciones telefónicas nos ofrecen un aspecto interesante de las condiciones que reinaron allende las fronteras del Tercer Reich cuando estaban representándose los últimos actos del drama. Se había iniciado la lucha contra la muerte: comenzaba la desintegración y se cruzaban las intrigas. Bien sé que en los últimos días, tan críticos para la totalidad de nuestra labor, Schellenberg realizó trabajos de valor positivo, y muy de veras creo que nuestra expedición jamás habría llegado a cristalizar a no ser por el apoyo constante que él nos brindó. Algún tiempo después me dijo que Himmler le expresó más de una vez que debía cumplirse la promesa que me había hecho. Por otra parte, el jefe mismo de la Gestapo se refirió a ese punto cuando ulteriormente conversamos sobre los acontecimientos que estaban desarrollándose en aquellos días, y parece que tuvo que luchar contra una corriente muy fuerte de oposición antes de ver realizado el proyecto. Me explicó con pesar que ni la organización ni la eficiencia de sus subordinados eran las mismas de otras épocas, cosa perfectamente comprensible en vista de lo precario de la situación militar. En aquellos días las tropas aliadas avanzaban en todos los frentes e iban aproximándose al corazón de Alemania.

Me di perfecta cuenta de que era imprescindible que yo realizara una visita a Berlín. El 5 de marzo subí al avión que me llevó a la capital alemana y apenas hube llegado, inicié negociaciones con Schellenberg y con su antagonista Kaltenbrunner. El jefe de la policía de seguridad renunció a toda simulación y apareció como mi enemigo declarado.

Kaltenbrunner.—No tengo la intención de cooperar para que se realicen los proyectos que usted ha propuesto.

—Bernadotte.—Y yo no puedo tolerar que un subordinado del Sr. Himmler pretenda impedir la ejecución de un acuerdo concretado entre él y yo.

Fuimos muy parcos en palabras. A partir de aquel momento estaba declarada la guerra entre ambos.

* * *

El castillo de Friedrischsruh, situado a treinta kilómetros al sudeste de Hamburgo, fue centro de atracción para todo el mundo político hace alrededor de cincuenta años. El anciano ex canciller Otto von Bismarck se retiró a su palacio en 1890, cuando se vió obligado a renunciar. En aquella residencia formuló sus críticas contra la "nueva política alemana" y también escribió en el castillo su famoso libro *Gedanken und Erinnerungen* (Pensamientos y recuerdos). Se encontraba en Friedrichsruh cuando el pueblo alemán lo agasajó; y hasta aquel castillo llegaron continuamente grandes masas populares guiadas por el afán de mostrar su afecto al estadista cargado de años. Su fallecimiento se produjo en ese lugar histórico.

En esta ocasión Friedrichsruh era el cuartel general de una expedición sueca que acudía en misión humanitaria, mientras estaba representándose el último acto de la segunda guerra mundial. Aquel edificio iba a hallarse muy pronto cerca del frente bélico.

El 9 de marzo me trasladé a Friedrichsruh para esperar la llegada de los miembros de la Cruz Roja, que, dicho sea de paso, entraron en acción inmediatamente. La labor que desarrollamos en marzo se limitó a la evacuación de tres grandes transportes destinados al campamento de Neuengamme. El primero estuvo formado por un grupo de 2200 daneses y noruegos a quienes se retiró del campo de concentración de Sachsenhausen, al norte de Berlín.

De Dachau —el de la triste memoria— sacamos a 600 escandinavos. Dicho centro estaba instalado hacia el norte de Munich. El tercer grupo comprendió a 1600 policías retirados de diversos campos de concentración del noreste de Dresde.

Efectuamos los transportes de Sachsenhausen en siete etapas, desarrolladas en el período comprendido entre el 15 y el 30 de marzo. En cuanto logramos enterarnos del término medio de prisioneros que podíamos llevar, organizamos un convoy de 34 automóviles para ejecutar un viaje regular de Dachau a Sachsenhausen. Las columnas emprendieron la marcha el 13 de marzo bajo el mando del coronel Björck, y el 24 había terminado la misión sin que se registraran accidentes. A los funcionarios de la policía danesa se los evacuó en los últimos días del mes de marzo.

No diré nada sobre la forma en que se realizó la expedición o acerca de la obra que realizó, porque entiendo que eso será objeto de un informe especial.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 12)

Yo conocía desde los Estados Unidos a Odd Nansen, hijo del famoso explorador noruego. Odd era arquitecto; ambos trabajamos juntos en la América del Norte hasta el otoño de 1940 y fuimos muy buenos amigos. Volvimos a encontrarnos en Neuengamme. Ante nosotros se hallaba el jefe del campo de concentración y, en consecuencia, Nansen tuvo que quitarse la gorra para cumplir un requisito impuesto a todos los recluídos cada vez que se hallara cerca un oficial alemán, fuera quien fuese. Confieso que sentí como si mi sangre hirviera ante aquel ejemplo de la titulada disciplina germana.

Odd Nansen fué uno de los patriotas noruegos que lo sacrificaron todo en aras de la patria, uno de los muchos que terminaron su vida en los campos de concentración alemanes. Allí se encontraban todos aquellos luchadores nórdicos a quienes nosotros clasificáramos oportunamente. Habíamos celebrado con las autoridades nazis un convenio, según el cual todos los prisioneros que fueran retirados por los destacamentos suecos debían llenar un formulario con su nombre y declarar su estado de salud. Los funcionarios alemanes protestaron desde el primer momento contra esa medida; pero creo que logramos engañarlos y obtener su aprobación so pretexto de que teníamos la obligación de responder por cada individuo que nos fuera confiado, compromiso que abarcaba desde el instante de la salida de los diversos centros hasta el de la llegada a Neuengamme. Nuestro argumento era irrefutable: ¿cómo asumir tamaña responsabilidad sin hacer una lista? Gracias a tal expediente compilamos una estadística y creamos un archivo con las tarjetas de todos los presos escandinavos presentes en Neuengamme. Pudimos enviar inmediatamente las informaciones útiles a los interesados que residían en Noruega y Dinamarca.

Recuerdo muy bien la primera concentración que examiné. El comandante me acompañó en todo momento y a todas partes, sin oponer dificultades, dicho sea de paso, cuando yo deseaba conversar con los recluídos; más aún, dió su consentimiento para que empleáramos el idioma sueco, si bien juzgué prudente no prolongar muchos minutos aquellas pláticas. Por mi parte, preferí hablar alemán para no despertar sospechas. En aquel primer "cuartel" se encontraban los policías daneses deportados cuando los alemanes ordenaron que cesaran los servicios policiales de Dinamarca.

Una parte de los presos ya había estado en Neuengamme y sus componentes fueron dispersados ulteriormente para distribuirlos en varios otros campos de concentración. Lo cierto es que todos ellos se mostraron poco entusiasmados al saber que debían regresar a Neuengamme, cosa lógica si se tiene en cuenta que su suerte no podría ser peor con respecto al tratamiento anterior. Bastó que dirigiera mis miradas hacia diversos puntos: comprendí al instante la razón de tanta tristeza ante aquel retorno. Porque la disciplina era bárbaramente severa y resultaba abrumadora la falta de espacio. En la mayoría de las habitaciones servían como camas algunas maderas colocadas en el piso y cubiertas con bolsas. Me horrorizó al pensar lo que habría ocurrido en el caso de producirse una epidemia.

Entre los presos se encontraban muchos médicos noruegos y daneses que se esforzaron en todo momento por aliviar los sufrimientos de sus compatriotas. Hablamos con ellos y propusimos proyectos para mejorar las condiciones.

Tras no pocos esfuerzos, la Cruz Roja Sueca había obtenido permiso para enviar cierto número de delegados, cuya labor debía realizarse en los campos de concentración; apenas llegaron, comenzaron la lucha en pro de una higiene mejor y actuaron bajo la dirección del profesor Rundberg. Odd Nansen se destacó. Ya anteriormente había esbozado un plan para refeccionar las barracas destinadas a servir como enfermerías. Por nuestra parte, hicimos cuanto fué necesario para tener medicamentos y nuevas instalaciones, todo lo cual debía llegar de Dinamarca con destino a Neuengamme.

Recuerdo un episodio de naturaleza especial que se desarrolló durante aquella visita mía. Convocamos una conferencia que debía celebrarse en uno de los pabellones de enfermería. En la reunión estuvieron presentes no sólo los representantes de la comandancia del campo de concentración, sino también los médicos escandinavos y los delegados de los prisioneros, a todos los cuales invité a concurrir. Fué un acontecimiento inusitado para los recluídos. Seguramente, era la primera vez que tenían oportunidad de tomar asiento en derredor de una mesa y participar en una conferencia. Me emocioné al ver cómo iba caldeándose el ambiente, cómo se iluminaban las fisonomías y cómo nacían las esperanzas cuando expresé que existían buenas perspectivas de que pocos días después la mayor parte de ellos emprendiera el viaje a Dinamarca.

A la salida del campo se había reunido a los noruegos y dinamarqueses a lo largo de las alambradas electrizadas que se extendían por todo el perímetro de Neuengamme. Miré en derredor y en todos los ojos descubrí el brillo de la felicidad; mi máximo anhelo era que ya por entonces ellos hubieran comprendido que nosotros no dejábamos de luchar para alcanzar la meta que nos habíamos propuesto. Mas he aquí que también pude tener imágenes fugaces de las secciones ocupadas por los prisioneros de otras nacionalidades. Allí se encontraban hacinadas millares de personas, y, mejor dicho, de restos humanos a los que era imposible prestar ayuda. Como si fueran cadáveres ambulantes se movían lentamente por los patios del terrible campo de concentración; iban apáticos, medio trastornados y carecían de fuerza suficiente para volver alguna vez a la vida normal.

Por aquellos días la lucha estaba desarrollándose con rapidez asombrosa; tan veloz era el avance enemigo que uno podía calcular en días, y acaso en horas, el tiempo que necesitaban los ejércitos aliados para romper el cerco en forma tal que Neuengamme quedase dentro del frente. En vista de semejante probabilidad, mantuve una conversación muy seria con el comandante del campo de concentración. Le dije que en el supuesto caso de que la guerra llegara hasta Neuengamme, él debía ordenar que los presos noruegos y daneses fuesen llevados al Schleswig septentrional, o simplemente a Dinamarca. Yo quería aprovechar la ventaja representada por el hecho de haber reunido a los prisioneros escandinavos en un sitio tan próximo a la frontera con Dinamarca. Herr Obersturmführer Pauli prometió acceder a mi pedido y entonces emprendí por segunda vez el viaje para ir a entrevistarme con Himmler.

Fué el 2 de abril de 1945. Volví a encontrarme en Hohen-Lüchen, aquel sanatorio que se hallaba bajo la dirección del profesor Gebhart, ex compañero de colegio del jefe de la Gestapo. De nuevo entró en la habitación el comandante supremo de las fuerzas SS. Himmler me dió la impresión de estar muy nervioso, y no me pasó inadvertido que lo dominaba alguna preocupación. Por lo demás, no intentó ocultarme la seriedad de la situación, pese a que se abstuvo de reconocer que ya no había esperanza de salvación.

Nuestra entrevista duró más de cuatro horas. Entre párrafo y párrafo, fuí descubriendo que me encontraba en la órbita de la política trascendental.

Himmler. — Estoy dispuesto a hacerlo todo por el pueblo alemán. Debo, sin embargo, continuar la lucha. He jurado lealtad al Führer y ese juramento me mantiene atado.

Bernadotte. — ¿No alcanza usted a ver que Alemania ya perdió la guerra? El ataque alemán contra Rusia en 1941 creó dos frentes de lucha. He ahí el motivo de la derrota del Reich. Acaba usted de manifestarme que está dispuesto a hacerlo todo por el pueblo de su país. Si es así, deberá pensar primeramente en la Nación, y en segundo término en Hitler, sobre todo si en realidad opina que la decisión del Führer en el sentido de continuar la guerra es una desgracia para el país. Harto sabe que la continuación de la lucha sólo servirá para acarrear la muerte de decenas de millares de personas, tanto en el frente externo como en el interno. Un hombre que ocupe la posición de usted, con una responsabilidad tan grande y extraordinaria, no puede obedecer ciegamente al superior; antes bien, ha de tener valor suficiente para responsabilizarse por actos que puedan serle ventajosos al pueblo.

Nada contestó Himmler. Recibió una llamada telefónica y abandonó la habitación. En mi compañía quedó el Brigadeführer Schellenberg, que también en aquella segunda ocasión estuvo presente durante la entrevista. Entonces me dirigió una pregunta. Quiso saber si sería posible que yo visitara a Eisenhower para discutir con él el tema de una capitulación en el frente occidental. Le contesté que era imposible encarar un problema de esa índole, puesto que la iniciativa tendría que partir de Hitler en persona.

Suponiendo que yo intentara alguna negociación, lo más probable era que todo el mundo me atribuyese una creencia: la de que Eisenhower y los aliados occidentales se hallaban dispuestos a iniciar conversaciones preliminares para un armisticio, como asimismo a fijar las condiciones del mismo. Y yo afirmé categóricamente:

—Tengo la plena convicción de que ése no es el caso.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 13)

Himmler regresó al cabo de poco rato. Hablamos de la cuestión de traslado de los prisioneros e hice algunos comentarios relativos al campo de concentración de Neuengamme. Informé que el transporte se desarrollaba con éxito satisfactorio en su mayor parte y añadí que no me había faltado oportunidad para observar que las condiciones reinantes en el campo eran bastante malas.

Por segunda vez analizamos el hecho de que en aquellos días había millares de refugiados alemanes que se dirigían a Dinamarca, e hice presente que todos los prisioneros escandinavos debían salir de Neuengamme con destino a Suecia. Himmler replicó que con mucho gusto habría satisfecho mi pedido, pero que era imposible realizarlo. Otra vez cruzó por mi mente la sombra de Adolfo Hitler. El Führer *no quería*, y el jefe de la Gestapo no se atrevía a desobedecer. Sin embargo, Heinrich Himmler se empeñó en buscar algún mutuo acuerdo.

—Supongamos —dijo— que una parte de los prisioneros hubiera salido ya para su país. Eso no tendría mayor significación. Pero sí llamaría muchísimo la atención que todos partieran a un mismo tiempo.

Me apresuré a proponer que todas las mujeres noruegas y danesas se trasladasen a Suecia al mismo tiempo que la totalidad de los enfermos. Aceptó sin discusión ese plan. Pero hay algo más: en el convenio se incluyó también el traslado a mi país de una parte de los estudiantes noruegos que a la sazón se encontraban recluídos en Neuengamme. Su número debía ser fijado ulteriormente.

Todos los policías daneses podrían volver a su país y quedar en libertad tras un breve período de internación. En lo referente a los escandinavos llevados a Suecia, no sería necesario internarlos, sino simplemente destinarlos a los hospitales y a las casas de pensión. Todos debían, no obstante, comprometerse a no volver a sus respectivos países o dirigirse a Gran Bretaña, y a permanecer en Suecia hasta la terminación de la guerra. Entre las cláusulas de aquel convenio también aceptó Himmler la liberación de algunos civiles que figuraban entre los noruegos internados (el profesor Seip, en primer término) y varios ciudadanos franceses, cuyos nombres estaban en una lista que obraba en mi poder.

Acababa yo de dar un nuevo paso hacia adelante. Desde mi punto de vista, comenzaba a mejorar la situación. Claro es que en la mente de Himmler estaban engendrándose pensamientos muy negros.

Himmler. — El gobierno alemán ha cometido errores graves. Dimos, por ejemplo, un paso en falso cuando nos faltó franqueza para con Gran Bretaña. En lo que se refiere a mi propia persona... se me considera como el hombre más cruel y sadista de todos los seres humanos. Pero puedo decir una cosa: que jamás he vilipendiado públicamente a los enemigos de Alemania.

Bernadotte. — Si no lo ha hecho usted, en cambio Hitler se ha excedido en su afán por arrojarles lodo en sus declaraciones. Recuerde sus palabras: "Nosotros borraremos del mapa todas las ciudades británicas". ¿Encuentra usted ahora raro que los aliados bombardeen ciudades alemanas con tantas fuerzas y con asombrosa tenacidad?

Himmler replicó que los alemanes no fueron los que iniciaron esa clase de bombardeos. Aproveché entonces la oportunidad para hacer una fugaz referencia a los ataques lanzados contra Varsovia en 1939, como asimismo a los de Rotterdam en el transcurso del año siguiente. Himmler se quedó mudo. Un momento después abandonó su asiento y me informó que tenía ciertos asuntos administrativos que discutir con Schellenberg. Por consiguiente, la audiencia había terminado.

Schellenberg me acompañó a Berlín. No dejó de hablar durante todo el tiempo que nuestro automóvil necesitó para llegar a la capital. Se expresaba en términos confidenciales, si bien la conversación me parecía forzada. Lo que escuché de sus labios arrojó bastante luz sobre el drama que estaba representándose tras el biombo de la política alemana. Expresó Schellenberg que el señor Himmler había discutido con él la cuestión de la capitulación en el frente occidental, y que el jefe de la Gestapo jamás habría tratado el tema si no fuera porque Hitler deseaba que yo visitase a Eisenhower para pedir condiciones. Añadí, por otra parte, que la situación podía cambiar y que la posición de Hitler acaso llegara a ser insostenible, quizás en un futuro muy próximo.

Himmler había recomendado a Schellenberg que en un caso semejante, me pidiera que me dirigiese al cuartel general de los ejércitos aliados. No me ocultó tampoco Schellenberg el hecho de que el propio Himmler se encontraba en posición muy difícil; en efecto, estaba indeciso entre sus deseos de salvar a su patria de un caos completo y su lealtad para con el Führer.

Próximo ya el fin del viaje, recibí una indicación en el sentido de que debía mantenerme alerta. Mi acompañante me dijo que el Obergruppenführer Kaltenbrunner, jefe de la policía de seguridad y hombre que ejercía gran influencia sobre Hitler, estaba muy descontento por las facilidades que me había concedido Himmler durante nuestras conversaciones. (Himmler aconsejó a Schellenberg que me informara y me dijese que me abstuviera de hablar sobre el asunto cuando utilizara el teléfono).

En los días que siguieron celebré varias conferencias con Schellenberg; a su vez, él hablaba con Himmler. Schellenberg opinaba que tanto el jefe de la Gestapo como otras destacadas figuras del partido nazi tenían el propósito de trasladarse poco tiempo después al sur de Alemania. Entonces me permití aconsejar a mi interlocutor que permaneciera en el Norte y solicitase de Himmler que le concediera carta blanca para disponer con respecto a los prisioneros noruegos y dinamarqueses, ya que de ese modo facilitaría el traslado a Suecia. Prometió hacerlo y acto continuo me dijo que Himmler había vuelto a proponer mi viaje al cuartel general aliado para entrevistarme con Eisenhower.

En aquella ocasión hablé a Schellenberg con gran claridad y expuse concretamente mi punto de vista:

—Le aconsejo que desista de su creencia de que los aliados pudieran alguna vez tomar en cuenta a Himmler o iniciar negociaciones con él. El jefe de las SS. sólo podría tomar las riendas del poder en Alemania durante un corto período de transición. Des-

las Naciones Unidas la reafirmació
ha abierto para todos los países l
la égida de ese sistema político. E
Desde tal punto de vista, el conti
una profunda transformación, q
desenvolvimiento en la segunda
Japón, con 70.000.000 de habitant
de China, cuya población era est
que mencionar la India, tambi
pues la pueblan 380.000.000 de s
largo tiempo para cambiar su
Gran Bretaña, con la cabal com
en el concepto del Commonwea
admirable de un gran imperio,
dispuesto a "facilitar la evolució
fuerzos debido a la dificultad
masa de los hindúes, que es la g
minoría, representada por los m
Liga Panárabe han coadyuvado
año la inquietud existente en el
en el régimen de las relaciones e

Al despertamiento del mund
de la vida, con repercusiones que
deras, se agrega el desarrollo del
los Estados Unidos es una notab
rado de los destinos humanos. E
período presidencial, la población
reducido al territorio de las tr
siglo y medio, el número de ha
la Unión se extiende del Atlánt
aparte de las posesiones insulare
primeros años del siglo XIX vió
extranjeras, se ha convertido en
nitud, que con sus fuerzas y recu
en primera línea, a decidir las dos
y cuyo concurso, por consiguiente
los problemas internacionales.

Entre las causas determinant
Unidos, hasta colocarse en una
mencionar su régimen constitucio
ha estimulado el vigor de la raza,

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FC

(Continuación — 14)

FRIEDRICHSRUH - BERLIN - HOHEN-LÜCHEN - FLENSBURGO - LÜBECK

19 a 24 de abril

Diez días después, El general Patton ya había penetrado en territorio de Bohemia. El norte de Holanda estaba libre. Las tropas aliadas ocupaban Hamburgo. La defensa de Berlín iba cediendo paulatinamente ante los ataques lanzados por los rusos. Hitler impartió una orden dirigida a los soldados rasos alemanes: "¡Fusilen a todo oficial que dé orden de retirada!".

Cuando el 18 de abril fuí a tomar el tren nocturno de Estocolmo a Malmö, bien sabía yo que estaban gestándose grandes acontecimientos. Sin embargo, no sospeché ni remotamente que mis propias idas y venidas hubieran de ser como estaban desarrollándose.

Llegué a Copenhague en horas de la mañana del día 19 y no tardé en subir a un avión que me llevó a un aeródromo situado en la zona meridional de Jutlandia, en donde se encontraba una delegación de la Cruz Roja Sueca que había acudido a la frontera germano-dinamarquesa.

Los informes que recibí no fueron muy tranquilizadores. Me enteré, en efecto, de que un par de días antes el cónsul general de Dinamarca en Hamburgo había realizado un acuerdo con el gobernador Kauffman, según el cual todo prisionero escandinavo que llegara procedente de Neuengamme debía seguir viaje inmediatamente con destino a Dinamarca. Al parecer, el delegado del partido nazi en aquella ciudad no había sido informado al respecto y juzgó indispensable ponerse en comunicación directa con Himmler, que, evidentemente, nada sabía de dicho acuerdo. El resultado fué que el jefe de la Gestapo ordenó la paralización de los transportes de prisioneros procedentes del campo de concentración de Neuengamme; y no contento con eso, también dispuso que cesara la evacuación de los ciudadanos escandinavos enfermos; dicho en otros términos: se suspendía una medida que desde hacía algún tiempo estaba aplicándose entre el citado campo y Suecia.

El ambiente era triste cuando llegué a Friedrichsruh. Como cabe suponerlo, no mejoró mi humor cuando, por boca del funcionario alemán puesto a nuestra disposición, me enteré de que por el momento existían pocas probabilidades de que pudieran continuar los traslados que estábamos realizando.

Sin embargo, aquella misma noche, después de comer, recibí una visita del mismo oficial. Era portador de una noticia: acababan de informarle que la Gestapo había dispuesto la evacuación total del campo de concentración de Neuengamme y que todos los escandinavos emprendieran viaje a Dinamarca.

De labios del propio Himmler escuché ulteriormente la explicación de tantas modificaciones y contraórdenes. Manifestó que el motivo era, a no dudarlo, la enorme publicidad que los aliados dieron al asunto de las comprobaciones hechas en los campos de concentración de Buchenwald y Bergen Belsen. Por otra parte, afirmó que los cuadros de espanto que pintaban los corresponsales norteamericanos y británicos al referirse a aquellos sitios no tenían nada de verdad. Eran, según él, una gran mentira urdida con fines de propaganda.

Por mi parte, expresé que tenía formada mi propia opinión y que me parecía que las personas que habían visitado Buchenwald y Bergen Belsen eran hombres de buena fe, razón por la cual no debíamos dudar que sus narraciones acerca de las infamias comprobadas eran verídicas. Himmler se indignó al escuchar mis palabras y expuso su versión de lo acontecido:

—Cuando los aliados se acercaban al campo de concentración, se incendió uno de los automóviles blindados. Ignoro la causa; pero lo cierto es que los oficiales enemigos entraron en sospechas o se dejaron guiar por una simple impresión de que el vehículo se vió envuelto en llamas a causa del fuego de la guardia alemana. He ahí el motivo por el cual dieron la orden de ametrallar el campo de concentración. A raíz de eso se incendió uno de los galpones.

Semejante represalia explicaba, según Heinrich Himmler, por qué en el campo aparecieron tantos cadáveres carbonizados cuando penetraron las tropas.

El jefe de la Gestapo añadió:

—Realmente es una vergüenza que este campo de concentración que, a mi juicio, se hallaba en condiciones óptimas, haya sido objeto de relatos tan vergonzosos. Nada me ha conmovido tanto como lo publicado por la prensa aliada en relación con nuestros campos de concentración.

Al día siguiente emprendimos la tarea de trasladar a todos los escandinavos recluídos en Neuengamme. Nuestra misión se vió coronada por un éxito sumamente halagüeño, sobre todo gracias a la gran ayuda que prestó la entidad danesa llamada Cuerpo de Jutlandia. Los miembros de dicho grupo llegaron a Neuengamme apenas doce horas después de haberse organizado.

Los escandinavos estaban a salvo. Mas ¿qué suerte corrieron todos los demás prisioneros, cuya cifra debía ser de alrededor de veinte mil? Lo ignoro. No estuve presente en el momento en que se efectuó la evacuación, pero mis compañeros suecos opinaron que los procedimientos se caracterizaban por la arrogancia y la brutalidad.

Los prisioneros de otras nacionalidades fueron obligados a ocupar vagones de carga en un tren. ¿Hacia dónde los dirigieron? ¿A qué localidad los destinaron? Los interesados interrogaban al comandante del campo de concentración; pero él contestaba invariablemente que no tenía ni la más remota noción al respecto.

Aquel tren de carga —uno de los tantos trenes-fantasmas que rodaron durante los últimos años en dirección al Este, hacia territorios ocupados por los alemanes— desapareció en el horizonte con su cargamento de seres humanos... y nunca más habrá quien sepa qué fué de tantos desdichados.

* * *

Llegó el 20 de abril, día del cumpleaños de Adolfo Hitler. El doctor Goebbels habló por la radio y dijo:

—Nuestro Fuehrer no nos ha entregado. Esta es la victoria.

Transcurrieron dos días más y los rusos penetraron con sus tropas en la capital alemana.

¡Qué rara sensación la de estar en Berlín el 20 de abril! En años anteriores se festejó grandiosamente el Día del Fuehrer, pues acompañaba a Hitler su pueblo leal, admirador y lleno de afecto. En esta ocasión la capital estaba tranquila. Las barricadas se hallaban listas y la gente no tenía nada que hacer, salvo esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Un ataque aéreo me obligó a buscar refugio en uno de los subsuelos suecos. Tan pronto como pude me puse en contacto con el Brigadefuehrer Schellenberg, quien me informó que no me sería posible entrevistar a Himmler en Berlín. Al parecer, no sabían dónde encontrarlo. Pedí encarecidamente a Schellenberg que procurase conseguirme una audiencia en la noche del 20 al 21 de abril, porque yo debía volver a Friedrichsruh a la mañana siguiente.

Transcurrieron varias horas, y por fin recibí el esperado mensaje de Schellenberg. Me informaba que debía trasladarme a Hohen-Lüchen y que Himmler estaba dispuesto a recibirme esa misma noche.

Cuando salíamos de Berlín pudimos oír el tronar de los cañones soviéticos, que disparaban para despejar el camino de sus tropas.

Las carreteras estaban atiborradas de refugiados y tropas. Huelga señalar lo muy difícil que resultaba avanzar en semejantes condiciones. Lo cierto es que, pese a todas las demoras, llegamos a nuestro destino a las 9 de la noche. Otro contratiempo me esperaba. En efecto, el profesor Gebhart me informó que había fracasado en sus reiteradas tentativas por dar con el paradero de Himmler. No me quedaba más recurso que aguardar pacientemente la aparición del jefe de la Gestapo.

Comimos y luego me acompañaron

DOS ABOGADOS I
PÉTAIN RESPO
CARGOS QUE

PARIS, 13 (UP).—En la sesión de ho del proceso que se sigue al marisca Pétain, que se inició a las 13.30, e principal abogado de la defensa, M Payen, dijo que "Pétain es uno de lo más gloriosos hijos de Francia y llev orgullosamente su corona de gloria que ustedes pretenden arrebatarle".

El abogado interrumpió su alegat y protestó ante el tribunal por la pre sencia de los fotógrafos, que estaba en cuclillas frente a Pétain sacand fotografías. El juez presidente orden que los fotógrafos abandonaran l sala de audiencias.

El abogado leyó entonces el testi monio que el general Pershing envi al mariscal Pétain después de la pri mera guerra mundial. Recordó la ca rrera militar del mariscal, y dijo qu "nunca demostró otra cosa que lealta a la República durante sus largo años de servicio".

El abogado defensor dedicó la pri mera parte de su discurso a recorda los triunfos del mariscal Pétain y a leer testimonios que le habían envia do a su defendido M. Painlevé, el ge neral Pershing, M. Clemenceau y mu chos otros. Luego preguntó: "¿Cuán do conspiró el mariscal Pétain contr la República? ¿Mientras paseaba po su pequeño jardín? ¿Mientras estab sentado frente al hogar?"

Protesta por irregularidades en el proceso

Denunció M. Payen que no se habían dado a la defensa las misma oportunidades que a la acusación en la presentación del caso. Dijo que s

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 16)

Nuestra conversación prosiguió en los términos siguientes:

Himmler. — Dada la situación creada, considero que ahora tengo las manos libres. Con el objeto de salvar a mi país, hasta donde ello sea posible, de la destrucción inherente a una invasión rusa, quiero ofrecer la capitulación en el frente occidental; de ese modo dejaríamos el camino expedito para los ejércitos aliados y les facilitaríamos un avance rápido en dirección al Este. Por otra parte, no estoy dispuesto a rendir el frente oriental. Siempre he sido y seguiré siendo enemigo declarado del bolcheviquismo. En los comienzos de la guerra mundial luché con máxima energía contra la alianza rusogermana. ¿Está usted dispuesto a transmitir una información de esa naturaleza al señor ministro de Relaciones Exteriores de Suecia para que él haga llegar mi propuesta a los aliados?

Bernadotte. — Opino que es absolutamente imposible capitular en el frente occidental y continuar al mismo tiempo la guerra en el Este. Tenga usted por seguro que los Estados Unidos y Gran Bretaña se negarán a celebrar cualquier acuerdo independiente con Alemania.

Himmler. — Me doy cuenta de lo muy difícil que es el problema; pero, en todo caso, deseo realizar un esfuerzo con miras a salvar a millones de alemanes de una ocupación rusa.

Bernadotte. — No puedo entregar su proposición al ministro de Relaciones Exteriores de Suecia, salvo que usted prometa que tanto Dinamarca como Noruega serán incluídas en las cláusulas de la capitulación.

Himmler dió su conformidad a esto sin la más leve vacilación y añadió que nada tenía que objetar ante la perspectiva de que ambos países fueran ocupados por las tropas norteamericanas y británicas y de que se desarmase a los soldados alemanes. Deseaba, empero, imponer una condición: que el ejército ruso no ocupase a Dinamarca y Noruega. Pregunté a Himmler cuál era su propósito en caso de que la respuesta fuera negativa. Entonces el jefe de la Gestapo repuso:

—Ante una situación tal, me pondré a la cabeza de un batallón en el frente oriental para morir peleando.

Como es bien sabido, el señor Himmler no llegó a realizar su proyecto.

Grande era mi escepticismo en cuanto a que los aliados aprobasen las proposiciones de Himmler; de ahí que me apresurara a señalar a mi interlocutor la conveniencia de que dirigiese una breve carta al ministro Günther para señalar algo concreto que confirmara los deseos de obtener el contacto mencionado. Himmler estaba bien dispuesto y llegó hasta el punto de manifestarme que si conseguía la entrevista con Eisenhower, no tendría inconveniente en hacer la declaración siguiente:

"Declaro que el ejército alemán ha sido vencido por los aliados occidentales. Estoy preparado para capitular incondicionalmente en el frente occidental y me avengo, asimismo, a discutir las medidas técnicas para la rendición incondicional de las tropas del Reich en Dinamarca y Noruega."

Me manifestó Himmler que ese fué el día más amargo de toda su vida.

Convinimos en que yo debía regresar a Suecia en la forma más rápida posible, para informar luego a Himmler, por intermedio del Brigadeführer Schellenberg, sobre el resultado de las gestiones. Antes de retirarme mencioné dos puntos más. Expresé que debían cesar las ejecuciones en Dinamarca, ya que a él mismo no podía pasarle inadvertido que la continuación de hechos de esa índole no dejaría de intensificar el odio profundo que los daneses experimentaban para con Alemania y todo cuanto fuera alemán. Mi segunda indicación se refería al rey Leopoldo de Bélgica, cuya liberación solicité. Himmler aprobó ambas peticiones.

Salimos del edificio de la legación de Suecia alrededor de las 2 y 30 de la mañana. El jefe de la Gestapo empuñó el volante de su automóvil para dirigirse al frente oriental. Y he aquí que en esa ocasión el vehículo marchó directamente hasta las alambradas que rodeaban al "chalet", y que nos costó bastante trabajo retirar el coche. Tanto el secretario de la legación Torsten Brandel, como el conde Axel Lewenhaupt, agregado, que presenciaron la partida de Himmler, opinaron lo mismo que yo: que el percance tenía mucho de simbólico.

Algunas horas después regresé a Flensburgo en compañía de Schellenberg. Me informó éste que Heinrich Himmler había discutido más detenidamente con él las perspectivas de una entrevista con el general Eisenhower. Himmler quería imaginar cómo iba a ser aquella supuesta reunión, y preguntaba si debía inclinarse ante el comandante de las fuerzas aliadas o si podía darle la mano.

El mismo día 24 de abril, en horas de la mañana, partí en un avión-ambulancia que se dirigía a Copenhague y de allí continué el viaje a Estocolmo. En el aeródromo de Kastrup, próximo a la capital danesa, me recibió el ministro sueco Dardel, a quien di a conocer las novedades. La conexión entre Estocolmo y Schellenberg debía realizarse por intermedio del ministro de Suecia en Copenhague, que, a su vez, se comunicaría con el agregado Lewenhaupt. Este permaneció en Aabenraa.

ESTOCOLMO - ODENSE - AABENRAA - COPENHAGUE - ESTOCOLMO

Del 24 de abril al 7 de mayo

Inmediatamente después de mi llegada a Estocolmo, el 24 de abril, me puse en contacto con el Ministerio de Relaciones Exteriores. A las 9 de la noche me reuní con el conciller Günther, el subsecretario Boheman y el jefe de la división política, señor von Post, en el edificio del Ministerio. Una hora después el señor Günther y yo visitamos al jefe del gabinete y luego regresamos a la cancillería. Puse a los funcionarios suecos en antecedentes acerca de la misión que me había sido encomendada.

La propuesta de Heinrich Himmler iba dirigida a los aliados occidentales únicamente, y el ministro sueco de Relaciones Exteriores opinaba que la tentativa no prosperaría si se la planteaba en semejantes términos y que era indispensable que se informara al mismo tiempo a la Unión Soviética. Mas como urgía que los aliados escuchasen el pedido sensacional de Himmler, los ministros de Gran Bretaña y los Estados Unidos, Sir Víctor Mallet y Mr. Herschel Johnson, respectivamente, fueron convocados horas después a una conferencia en la que debíamos intervenir el ministro de Relaciones Exteriores de Suecia, Sr. Günther; el subsecretario Boheman y yo.

Los dos diplomáticos extranjeros creían, lo mismo que nosotros, que era muy poco probable que sus gobiernos pudieran aprobar las proposiciones de Himmler y que con seguridad se apresurarían a consultar, antes que todo, a las autoridades de Moscú.

Transcurrieron dos días. En horas de la tarde del 26 de abril recibí un llamado telefónico del subsecretario Boheman y de ese modo me enteré que ya se había recibido la respuesta del presidente de los Estados Unidos, Sr. Truman. Sin pérdida de tiempo me trasladé a la legación de los Estados Unidos y allí me encontré con los señores Boheman y Johnson. El cablegrama decía así:

"La capitulación alemana sólo sería aceptada con la condición de que se rindan las fuerzas de todos los frentes: los de la Unión Soviética, los de Gran Bretaña y los de Estados Unidos. Luego de haberse cumplido esa condición, será indispensable que las tropas alemanas depongan las armas ante los comandantes aliados en todos los frentes. Si la resistencia continuase en un punto cualquiera, los aliados llevarán adelante la lucha sin miramientos, hasta el momento en que se haya alcanzado una victoria completa".

El subsecretario y yo fuimos sin pérdida de tiempo al despacho del canciller Günther, y éste me manifestó que para él aquella respuesta no constituía una sorpresa.

Se decidió que yo emprendiera el viaje de regreso tan pronto como fuese posible para entrevistarme con Schellenberg y entregarle el mensaje. El ministro de Relaciones Exteriores juzgaba prudente que me trasladase a Dinamarca para entregar personalmente tan importante pliego. De ese modo ahorraríamos tiempo y realizaríamos obra más práctica todavía, puesto que en caso de una negativa a continuar las negociaciones, tal vez yo pudiera discutir la capitulación en Noruega y Dinamarca.

El 27 de abril volé al país vecino y aterricé en Odense, donde me reuní con el Brigadeführer Schellenberg, que recibió de mis manos la respuesta de los aliados occidentales a la propuesta de capitulación y las condiciones pertinentes. En el primer instante se mostró sumamente deprimido. Expresó que ya no vislumbraba posibilidad alguna de que el asunto pudiera resolverse. Sin embargo, seguimos conversando y razonando largo rato, y noté que poco a poco iba animándose con la esperanza de hallar algún camino que condujese a la capitulación de las tropas alemanas en Noruega y Dinamarca, para ahorrar a ambos países el horror de convertirse en campos de batalla durante el último acto de la guerra.

Me alojé en casa del gobernador Thomsen, en Aabenraa, y a la mañana siguiente fué a visitarme el Brigadeführer Schellenberg. Se apresuró a manifestarme que a Heinrich Himmler le era absolutamente imposible ir a la ciudad de Lübeck, por encontrarse en una localidad situada al norte de Bremen. Me invitaba a que lo visitase allí. Huelga decir que ambos estuvimos de acuerdo en reconocer que si yo aceptaba y emprendía el viaje, no tendría más remedio que penetrar en la zona misma de guerra. Luego de analizar el pro y el contra, opinamos que convenía más que Schellenberg fuese a entrevistarse con su jefe e informarle detenidamente.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Folio 661

LA NACION — Viernes 17 de agosto de 1945

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 17)

Estábamos a 18 de abril. En la tarde de aquel día escuchaba una transmisión de la estación emisora "Atlantic Senders", cuyo locutor comentaba las últimas novedades. De pronto tuve una sorpresa enorme al oír que pronunciaban mi nombre. Y acto continuo siguió una noticia según la cual se habían recibido informaciones de Londres y Nueva York referentes a una conferencia que, decían, habíase iniciado entre el jefe de la Gestapo y ministro del Reich, Sr. Himmler, y yo, para resolver el problema de una capitulación alemana.

Mi primera reacción al escuchar semejante noticia fué de desaliento; pensé que todo estaba perdido y que ya no existía probabilidad alguna de que continuaran nuestras negociaciones. Ulteriormente cambié de modo de pensar a ese respecto. La publicidad, acaso prematura, que en aquella ocasión dieron a mis entrevistas, se trocó, a decir verdad, en un valioso factor positivo. En efecto, contribuyó a anular un propósito muy importante. ¿Por qué? Porque si los datos que luego reuní no eran falsos, en el primer momento existió el propósito de nombrar a Heinrich Himmler sucesor de Adolfo Hitler en caso que muriese el Führer. Cuando fué público y notorio que Himmler había formulado una propuesta de capitulación, se modificó inmediatamente el plan inicial, y en lugar del jefe de la Gestapo se eligió al almirante Döenitz.

Dudo que los aliados se hubieran avenido alguna vez a iniciar conversaciones con Himmler, puesto que éste tenía una fama tan terrible y ante el orbe entero aparecía harto comprometido. La situación era distinta con respecto a Döenitz. En primer lugar, se trataba de un profesional de la carrera de las armas, y como tal podía imponerse al ejército y la marina alemanes mucho mejor que Himmler, amén de que para los aliados resultaba harto más agradable tratar con un hombre que no fuera el jefe de la Gestapo.

Algún tiempo después el Brigadeführer Schellenberg me contó que Heinrich Himmler le expresó lo muy desilusionado que se sentía al ver que se prescindía de él, si bien es cierto que también manifestó que ante una situación tan seria como la que reinaba a la sazón, era necesario renunciar a todas las consideraciones y a todos los intereses personales. De ahí que estuviera dispuesto a trabajar y cooperar lealmente con Döenitz. Por lo que a mí se refiere, me inclino a aceptar como verídica la versión según la cual Himmler sostuvo la tesis de que era absolutamente indispensable formalizar los términos de la capitulación de los ejércitos alemanes en Noruega y Dinamarca. Semejante plan encontró el más franco y decidido apoyo por parte de Schellenberg, lo mismo que del nuevo ministro de Relaciones Exteriores del Reich, conde Schwerin von Krosigk.

Cumplida su misión, el Brigadeführer Schellenberg regresó el 29 de abril. Me dijo que Himmler se encontraba en una localidad situada al norte de Bremen, y que su entrevista con él no le había resultado muy agradable. En efecto, el jefe de la Gestapo ya se había enterado de la publicidad dada a nuestras conferencias y no ignoraba que la noticia circulaba tanto en Gran Bretaña como en los Estados Unidos. No fué poca su indignación ante las indiscreciones. Llegó hasta amenazar con el arresto de Schellenberg, acusándolo de haber actuado como instigador e inspirador del proyecto. Alegaba que, juntamente conmigo, el Brigadeführer lo impelió a iniciar las conversaciones sobre el tema de la capitulación. Segundos después de iniciada la entrevista, Himmler propuso que ambos (él y Schellenberg) se dirigiesen al frente oriental para morir como soldados.

El emisario logró calmarlo tras no pocos razonamientos. Al cabo de más de dos horas, Himmler manifestó que estaba dispuesto a impartir las órdenes para la rendición de las tropas alemanas en Noruega y conseguir que la parte del ejército alemán que se hallaba en Dinamarca se entregase al comando británico.

Tan pronto como hube obtenido aquellas informaciones, me comuniqué telefónicamente con Estocolmo para solicitar que enviasen un delegado del Ministerio de Relaciones Exteriores a Copenhague y se le diesen instrucciones para celebrar una entrevista con Schellenberg. Muy poco tiempo después el Brigadeführer partió conmigo en automóvil para trasladarse a Copenhague y llegamos a la capital aquella misma noche.

La tensión que reinaba aquel día—30 de abril de 1945— en la primera ciudad danesa era inmensa. El ambiente estaba electrizado en momentos en que yo retomaba el hilo de mis conferencias. Un sinfín de rumores volaba por el aire y todo el mundo esperaba de un momento a otro la capitulación alemana. No había quien no estuviese enterado de mis entrevistas con Heinrich Himmler, y la creencia general era que mi visita a Copenhague perseguía el propósito de llegar hasta el doctor Best, representante del tercer Reich en Dinamarca, para discutir con él los detalles técnicos relacionados con la capitulación.

Grandes masas danesas se reunieron frente al Hotel d'Angleterre en la llamada Plaza Nueva del Rey *(Kongens Nytorv)*, porque la multitud quería seguir de cerca el desarrollo de los acontecimientos. Estaba yo celebrando una entrevista en el hotel cuando oí de pronto ruido de tiros en la plaza. Me aproximé a la ventana y pude ver cómo la enorme ola de personas se deshacía en todas las direcciones; algunos hombres recién llegados en automóviles despejaron el lugar valiéndose de sus pistolas ametralladoras.

No fué intenso el tiroteo y me parece que no hubo heridos; pero en aquel instante comprendí mejor que nunca que los daneses odiaban no sólo a los invasores germanos, sino también — y con mucho mayor intensidad, por cierto —a aquellos daneses que se pusieron al servicio del enemigo y que, por lo tanto, se convirtieron en traidores de la patria.

Me formé un juicio harto desfavorable de aquellos *hipo-män* que vestían el uniforme de color azul obscuro: eran individuos de instintos criminales que gozaban al abusar del poder que personificaban, y que sabían que estaban a punto de perder. Para mí, como representante de una nación neutral, aquel episodio sirvió como excelente medio ilustrativo, ya que por haberlo presenciado pude interpretar los sentimientos de los daneses y comprender lo mucho que sufrieron durante los terribles años de la ocupación.

El Brigadeführer Schellenberg celebró una conferencia con el doctor Best y por mi parte hablé con el representante del Ministerio de Relaciones Exteriores de Suecia, señor von Post. Después informé al rey Cristián acerca del estado en que se hallaban nuestras conversaciones, y minutos más tarde nos reunimos von Post, Schellenberg y yo en la legación de Suecia. Eran las 11 y 30. El Brigadeführer repitió cuanto me había dicho sobre su conversación con Himmler.

Suecia consideraba necesario que algunos puntos quedaran debidamente aclarados; de ahí que Schellenberg decidiera realizar otro viaje para hablar con Himmler.

El doctor Best fué invitado a almorzar en la legación. (Se dice —y he oído a muchos dinamarqueses que así lo expresaban— que durante la ocupación Best trató de ser lo más humano posible y que hasta tomó intervención en algunas oportunidades, cuando los métodos de la Gestapo fueron demasiado brutales).

Evitamos tratar cuestiones políticas con el Dr. Best, pero le pregunté si podía permitir el traslado a Suecia de algunos británicos y norteamericanos que estuvieron internados en Dinamarca desde el comienzo de la guerra. El doctor Best accedió inmediatamente a ese pedido. Añadió que lo hacía como un favor personal, porque consideraba que tanto él como su gobierno estaban en deuda conmigo por la labor que realicé en pro del canje de prisioneros de guerra alemanes y aliados.

Llegó el 1o. de mayo y en horas de la noche se recibió la noticia que durante tanto tiempo esperaron millones de seres humanos: Adolfo Hitler había muerto. El gran almirante Döenitz anunció por radio:

—Ha muerto nuestro Führer Adolfo Hitler. Murió como un héroe en la capital del Reich, tras haber llevado una vida recta y de lucha. El Führer me nombró su sucesor.

En una orden del día dirigida al ejército alemán, Döenitz expresó: "Ha abandonado la escena el héroe más grande de la historia alemana".

Aquel "heroico" fallecimiento anulaba fundamentalmente muchas de mis conferencias.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

661

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación — 18)

Llegué a Estocolmo, procedente de Copenhague, en horas de la mañana y sin pérdida de tiempo tuve una entrevista con el ministro Günther y el subsecretario Boheman. En aquel momento me parecía posible alcanzar la solución positiva del magno problema, es decir la capitulación. Ahora todo no figuraba en el círculo gobernante; en su lugar se alzaba la figura del almirante Döenitz como protagonista y sucesor de Adolfo Hitler. Y el almirante quería continuar la guerra, puesto que expresó:

—Yo asumí el mando superior sobre todas las fuerzas armadas de Alemania con la voluntad de continuar la lucha.

Se produjo, empero, un rápido cambio de escenario. El 4 de mayo recibí un mensaje por intermedio de von Post, que llegó a Estocolmo el día 3. Se me informaba que Schellenberg había vuelto a Copenhague y que tenía muchas cosas interesantes que contarme. Lo primero era que Döenitz estaba resuelto a entregarse con todas las fuerzas alemanas que se hallaban en Holanda, el noroeste de Alemania y Dinamarca. Luego me anunció que Schellenberg debía llegar a Estocolmo al día siguiente, con plenos poderes de Döenitz para celebrar el pacto de capitulación de los ejércitos alemanes que actuaban en Noruega.

El 5 de mayo, a las 10, llegó Schellenberg con credenciales para actuar como enviado extraordinario. Descendió del avión en Estocolmo e inmediatamente nos reunimos él, con Post y yo. Schellenberg entregó la autorización firmada por el almirante Döenitz y al mismo tiempo manifestó que el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, conde Schwerin von Korsigk, le había encomendado la misión de conseguir una entrevista con el general Eisenhower para discutir la capitulación general de los ejércitos y de la armada alemanes.

El enviado extraordinario tenía otras novedades muy interesantes que contar. Dijo que en Mürwick, cerca de Flensburgo, había celebrado una larga conferencia con Döenitz, Schwerin von Krosigk, Himmler, el mariscal Keitel y el general Jodl. En aquella ocasión Schellenberg logró que el gobierno provisional tomase la resolución terminante de ordenar que se entregaran todas las tropas que se hallaban en Holanda, el noroeste de Alemania y Dinamarca. Sólo Keitel se opuso a semejante resolución del consejo de autoridades provisionales, y su negativa fué expresada con notable vehemencia.

El subsecretario de Relaciones Exteriores de Suecia, Sr. von Post, anunció a Schellenberg que el gobierno sueco tal vez juzgara conveniente suministrar a los representantes de las naciones aliadas algunas informaciones relacionadas con las gestiones realizadas hasta entonces. Por su parte, el Brigadeführer señaló la conveniencia de que el ministro alemán Thomsen y un representante del agregado militar del Reich fueran enviados a la frontera noruego-sueca para informar al general Böhme. Ambos levantaron el vuelo a las 18.30 en un aeroplano militar sueco desde el aeródromo de Barkarby.

Al día siguiente, 6 de mayo, recibimos un mensaje del ministro Thomsen. Nos comunicaba haberse entrevistado cerca de la frontera con un representante del general Böhme, y agregaba que dicho delegado le manifestó que el general no estaba de ningún modo dispuesto a rendirse con sus fuerzas, salvo que recibiera una orden directa del almirante Döenitz. El comandante de las tropas alemanas en Noruega aseguraba que podía defenderse muy bien en aquel país durante uno o dos meses más. De ahí que no se aviniera a acatar una orden de capitulación entregada por el delegado Schellenberg.

Poco después llamó por teléfono el conde Schwerin von Krosigk, que, según las informaciones que recibimos, llegó a Mürwick juntamente con los demás miembros del gobierno provisional alemán. El citado ministro de Relaciones Exteriores me informó que ya existía contacto directo entre el gobierno del Reich y el general Eisenhower, y añadió que en Noruega estaba tratándose el asunto de la rendición alemana.

En horas de la tarde pudo el Brigadeführer Schellenberg obtener una comunicación telefónica con el almirante Döenitz, a quien expresó que, probablemente, el general Böhme ignoraba cuál era la situación real, razón por la cual solicitó que se impartieran órdenes directas disponiendo que dicho general se aviniese a deponer las armas. El almirante contestó que, posiblemente, iniciaría en persona las gestiones directas ante Eisenhower, lo que significaba que tal vez no se recurriera a la mediación del gobierno de Suecia.

A las 10 y 15 del lunes 7 de mayo llegó el último mensaje telefónico del conde Schwerin von Krosigk, quien informaba que en la noche del 6 al 7 habíase decidido la capitulación total de Alemania. En momentos en que se realizaba la conversación con el Conde estaban celebrándose conferencias entre el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán y el general Eisenhower, para dejar establecidas las condiciones que habrían de regir la capitulación.

Inmediatamente puse en conocimiento del príncipe heredero de Suecia, del general Ehrensvid y del subsecretario Boheman de Relaciones Exteriores la información de lo acontecido. Es muy probable que yo haya sido el primer súbdito sueco que se enteró de la gran novedad.

* * *

Estábamos, pues, ante el final. Había terminado la guerra en Europa. Ya no era una realidad la pesadilla que representó el nazismo. Millones de seres podían ahora prepararse para emprender la obra de la reconstrucción destinada a llevarnos hacia un mundo más feliz.

En aquellos momentos me sentía dominado por profunda gratitud al ver que se me había brindado la oportunidad de participar hasta cierto punto en los últimos acontecimientos, y acaso de ese modo conseguir la capitulación en una fecha anterior a la que sin mis esfuerzos habría correspondido.

Tuve ocasión de seguir muy de cerca el desarrollo de sucesos históricos. Descendía el telón sobre una época que quizás haya albergado mas maldad y sufrimientos que cualquiera otra en la historia de Europa.

EPILOGO

En el curso de mis viajes por Alemania durante la primavera de 1945 pude adquirir no poca experiencia en lo que respecta a los hombres más prominentes del Tercer Reich. Puedo afirmar que mis informaciones procedían de fuentes muy fidedignas. De ellas he sacado como conclusión firme que para el futuro de la humanidad tiene suma importancia que todo el mundo vea con claridad meridiana dos puntos primordiales.

En primer término, es indispensable que el pueblo alemán comprenda que Alemania fué batida y totalmente derrotada en todos los frentes, y no sólo desde el punto de vista militar, sino también bajo todos los demás aspectos, sin excepción... como en 1918, cuando, a despecho de toda la propaganda germana, no tardó en arrojarse el fardo de la culpa al frente interior, acusándolo de haber "atacado por la espalda". No se debe dar ocasión para que renazca la leyenda de tal "puñalada artera".

En segundo término, hay que convencer al pueblo alemán en lo tocante al carácter de los hombres que alcanzaron prominencia en el Tercer Reich. La experiencia me enseñó que aquellos individuos carecían de conceptos morales y sentimientos humanos. En los últimos días se mostraron vacilantes, intrigaron desesperadamente entre sí y al mismo tiempo intentaron escudarse en otros personajes, apareciendo como cobardes y faltos de decisión.

El final del Tercer Reich careció de dignidad y se vió desprovisto de toda elevación trágica. Resultó pequeño porque los hombres que actuaron en el drama fueron de poca estatura y notable inferioridad. No lucharon por un ideal, por la fe o por una convicción; sólo trataron de salvar sus propias vidas, aquellas existencias que fueron manchadas por el crimen, por pecados que nunca les serán perdonados.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación—19)

Hagamos un desfile de los prohombres del Tercer Reich, tal como pudimos verlos en el año décimo tercero —el último— de los mil que debía durar su régimen.

Según la leyenda que lanzó el almirante Döenitz, Adolfo Hitler murió como un héroe mientras luchaba en las barricadas de Berlín, defendiendo a su pueblo contra los bolcheviques. En el seno de círculos alemanes bien informados existe una opinión distinta sobre ese punto: el Führer no halló muerte heroica alguna, y con bastante fundamento podemos afirmar que lo mataron. Verdad es que conservó su posición dirigente hasta los días postreros del Tercer Reich; pero desde hacía bastante tiempo había perdido sus facultades para tomar iniciativas de valor positivo. Lo único que hacía era anular las resoluciones que tomaban sus colaboradores. Para quienes más de cerca lo rodeaban, se había transformado en una figura de horror, casi tanto como para el mundo en general. Si alguien tenía la desgracia de contrariarle, Hitler daba acto continuo la orden de ejecutarlo. En aquellos días del último acto fué un hombre marcado, tanto en lo físico como en lo psíquico. Es harto probable que estuviera minado por alguna enfermedad, cosa que permitiría explicar muchos de sus actos y la locura de sus ideas. Le temblaban las manos, no podía caminar bien y apenas lograba deslizarse por el piso. Tenía la sensación de que su vida estaba acortándose rápidamente y sabía muy bien que era un fracasado, que sus hombres ya no lo servían y que la situación iba tornándose más y más desesperada tras cada día transcurrido. Parece que hasta el último momento tomaba a menudo el teléfono, pedía comunicación con Heinrich Himmler y a gritos impartía órdenes para que los ejércitos alemanes se lanzaran al ataque en una tentativa desesperada por cambiar el curso de la historia y mejorar la situación.

En el círculo íntimo de Hitler encontramos en primer plano a su amante, Eva Braun. Esta mujer, que pertenecía a una familia de Munich y que probablemente fué bellísima, ejercía notable influencia sobre el Fuehrer, a juzgar por datos que me fueron suministrados. Esa influencia era ciertamente considerable. Por ejemplo, Eva Braun fué quien preparó el camino para el ascenso del Obergruppenführer Kaltenbrunner, uno de los espíritus más perversos de la camarilla de hombres y mujeres que rodeaban a Hitler y que dieron forma concreta al destino de Alemania en el último acto del nazismo.

Kaltenbrunner era amigo íntimo de otro miembro del círculo, el Gruppenführer Fegelein, casado con una hermana de Eva Braun y que por ese motivo fué elevándose rápidamente hasta llegar a los puestos más altos. Aquellos cuatro seres —las dos hermanas Braun, Kaltenbrunner y Fegelein— eran el núcleo más peligroso de la pandilla que rodeaba al Fuehrer. Cuando los demás se retiraban, el Obergruppenführer Kaltenbrunner permanecía varias horas más con el jefe supremo y hacía cuanto estaba a su alcance para enardecerlo e impulsarlo a seguir el camino de siempre.

Entre los corifeos del acto final del Tercer Reich debemos señalar a Martin Bormann, el sucesor de Rudolf Hess. También este personaje ejercía notable influencia sobre el espíritu de Hitler. Su especialidad eran las intrigas; pero además contaba con una cualidad que Hitler apreciaba sobremanera: la de presentar en forma simple hasta los problemas más complejos.

Debemos mencionar a Goebbels, el hombre que sacaba fuerzas de sus propias cifras y que jamás dejó de entusiasmarse por ellas, pese a que casi todos habían perdido la fe en lo que él decía. Goebbels permanecía en su bien protegido refugio antiaéreo y desde allí exhortaba a la población de Berlín a que siguiera luchando hasta el último hombre.

Tenemos asimismo a Goering, que a partir del año 1940 creía, al parecer, que Alemania ya había ganado definitivamente la guerra, y que, en virtud de semejante opinión, dejó que declinase la aviación de su país; y a von Ribbentrop, el de la estúpida altanería y los conceptos inferiores y limitados. Joachim von Ribbentrop, Bormann, Goebbels y Goering constituían el círculo interior que se mantenía cerrado en torno al Fuehrer, si bien, aparentemente, la influencia de Goering acabó por verse casi eliminada.

No hemos mencionado a Heinrich Himmler. Cuando la gente hablaba de él, decía que Himmler temía tanto a Hitler como el propio Fuehrer le temía a él.

La camarilla dirigía especialmente sus intrigas contra el jefe de la Gestapo. El resultado fué que se le ordenó que partiera para el frente: primero al occidental, a fines de otoño de 1944, y ulteriormente al del Oder. La línea del Oder era la más difícil de conservar y la más expuesta a las arremetidas de las armas soviéticas, y, evidentemente, el fin que se perseguía era que Himmler fracasara. Tras el fracaso llegaría, claro está, la eliminación definitiva. Heinrich Himmler puso fin a su propia vida, pero antes que ocurriera eso ya habían matado a Hitler.

* * *

Poco tiempo después de haber descendido el telón al finalizar el último acto del drama europeo, sostuve una prolongada conversación con el enviado Schellenberg, que, como ya se dijo anteriormente, llegó a Estocolmo para hacer los arreglos previos a la capitulación de las tropas alemanas que actuaban en Noruega. En vista de mis conexiones anteriores con Schellenberg, era indispensable que celebráramos una última entrevista. Por el hecho de haber intervenido contra la corriente de las intenciones oficiales alemanas, el Brigadeführer había prestado considerable ayuda a mis proyectos, y, por ende, favorecido a la Cruz Roja Sueca. Debo añadir que, gracias a la forma en que aplicó su influencia en los últimos días, tuvo no poco que ver con el hecho de que los dos países escandinavos —Noruega y Dinamarca— no se convirtieran en escenario de una guerra destructiva. Si los alemanes tomaron la decisión de rendirse incondicionalmente, aquel paso fué en no poca parte el fruto de su enérgica intervención.

En aquella entrevista habló Schellenberg del juego que se realizaba entre bastidores con relación a mi aparición en la escena bélica alemana. Su relato (la veracidad del mismo corre por cuenta suya) me parece tan interesante e históricamente importante como suplemento a mis propias impresiones y recuerdos, que he juzgado conveniente publicarlo.

EL RELATO DE SCHELLENBERG

Schellenberg comenzó por decir:

"Para empezar, deseo referir un episodio muy ilustrativo. En el año 1943 Suiza tenía grande interés político para el gobierno alemán. Muy poco faltó para que el suelo suizo fuera atacado. Los planes ya estaban listos y contaban con la aprobación de Hitler, Bormann y Ribbentrop. Los tres opinaban que se justificaba una medida como ésa por la situación general que crearon los desembarcos aliados en Italia.

"Puse todo mi empeño en luchar contra semejantes planes, y entre otros medios apelé al recurso de buscar contacto con ciertos amigos radicados en Suiza. Al final se desistió del ataque, principalmente por consideraciones de índole económica. Poco faltó, sin embargo, para que Suiza compartiera la suerte de Noruega, Dinamarca y los demás países ocupados. Todo aquello constituyó un ejemplo típico de la política exterior del Tercer Reich.

"He aquí un caso entre varios de los que se plantearon cuando traté de actuar en oposición a la política oficial. En 1940 fuí nombrado jefe de la División Política, rama dependiente del Ministerio de Informaciones alemán; cuatro años después, en 1944, se me encomendó la tarea de dirigir toda la organización, y he aquí que entonces abrí los ojos y pude ver con claridad las debilidades del régimen imperante. El grupo de dirigentes del partido estaba totalmente corrompido. A mi juicio, la única excepción fué Heinrich Himmler, jefe de las SS.

"Apenas me hube convencido de lo disparatada que era la política exterior que dirigían Ribbentrop y Hitler, decidí hacer cuanto estuviera a mi alcance para crearle un contrapeso. Himmler era el único hombre que, según mi criterio, podía servir en tal sentido. Guiado por ese propósito, procuré aproximarme a él con la idea de influir tan poderosamente sobre su opinión que dirigiese sus energías hacia el rumbo que yo deseara. Estaba convencido de que Alemania debía terminar en alguna forma la guerra con los aliados occidentales.

"Podrá parecer raro, pero es exacto que cuando fuí nombrado no existía verdadera organización con respecto a las informaciones políticas en el Tercer Reich. Tampoco descubrí señales de que alguien comprendiera la importancia de semejante factor. Se consideraba que un departamento de esa índole era algo superfluo, puesto que Alemania no necesitaba que la informasen acerca de las condiciones interiores de los demás países y bien podía prescindir de las respectivas noticias.

"Semejante opinión era compartida por Hitler, que, al igual que Ribbentrop, decidió contrariarme. El único que se mostraba algo mejor dispuesto era Himmler, pese a que también él me creó dificultades. Se hallaba bajo la influencia de los dogmas del nacionalsocialismo y de los puntos de vista que tenía en lo tocante a la policía. Me costó no poco trabajo y mucho tiempo convencerlo y conseguir que abandonase opiniones muy arraigadas en él.

"Mi posición se tornó más expuesta conforme fueron aumentando las dificultades militares y políticas del país. Pronto fuí objeto de vigilancia y de un interés muy especial por parte de la policía del Estado y la de Seguridad. Mis enemigos más enérgicos y peligrosos resultaron ser Bormann y el jefe de la policía de seguridad, es decir, Kaltenbrunner. Este último, sobre todo, era malo. Conviene señalar que hace año y medio afirmó que tenía pruebas fehacientes de que yo estaba relacionado con el servicio secreto británico.

"Kaltenbrunner no omitió esfuerzos con la esperanza de hacerme arrestar.

(Continuará)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

Gren 661

EL FINAL

Por el conde FOLKE BERNADOTTE

(Continuación 20)

"Esa era la situación general cuando en los primeros días de febrero el ministro alemán en Estocolmo, señor Thomsen, informó que usted estaba dispuesto a emprender el viaje a Berlín para entrevistarse con Himmler. El mismo día recibí dos visitas de un emisario del ministro Ribbentrop, el Geheimrat Wagner, secretario particular de aquél. Le habían encomendado la misión de averiguar si la iniciativa del viaje reconocía como punto de partida las vinculaciones personales que yo pudiera tener en Suecia.

"Los Sres. Ribbentrop y Kaltenbrunner se empeñaban en demostrar que mi intervención en favor de los llamados "siete suecos de Varsovia" fué una estupidez desde el punto de vista político, pese a que yo actué con la mirada fija en la prensa sueca, que a la sazón se mostraba muy hostil para con Alemania. Ambos hicieron todo lo posible por aumentar la antipatía que Hitler le tenía a Suecia. Uno de los argumentos que esgrimían fué que policías noruegos habían sido adiestrados en Suecia.

"Contesté a Wagner la verdad; le dije que no tenía conocimiento del viaje de usted. Acto seguido informé a Himmler y a Kaltenbrunner respecto a mis dos entrevistas con Wagner. Himmler no ocultó su interés, pero al mismo tiempo se manifestó algo resentido al saber que el viaje había de realizarse con la intervención de la legación alemana en Estocolmo, lo que significaba tener que pasar por el Ministerio de Relaciones Exteriores en Berlín. En vista de los detalles mencionados, él se creía obligado a tratar la visita como asunto oficial, de suerte que tendría que poner al Fuehrer al corriente de todo lo tratado con usted. Por consiguiente, Himmler encomendó a Kaltenbrunner la misión de sondear la opinión de Hitler y de esforzarse por saber cómo se hallaban las cosas. A su vez, Kaltenbrunner puso el asunto en manos del Gruppenfuehrer Fegelein, y dicho señor pudo informar al día siguiente que el Fuehrer se oponía de un modo categórico al proyecto. "Con semejantes gestiones "no llegaremos a nada en esta gue-"rra", expresó Hitler.

"Entretanto, usted llegó a Berlín. Apenas lo supe, hablé por teléfono con Himmler para que quien venía de Suecia fuera recibido como correspondía. Manifesté que él "debía" concederle audiencia a usted. Mi propuesta fué aprobada tras muchas y largas gestiones. Consistía en lo siguiente: que Kaltenbrunner conversara con Ribbentrop, y yo con el Geheimrat Wagner. Ambos debíamos esforzarnos por conseguir una audiencia con Ribbentrop sin que se enterase Himmler y sin decirle a Ribbentrop respecto al veto pronunciado por Hitler contra las entrevistas. Si Ribbentrop se avenía a recibirlo, eso significaba que tanto Kaltenbrunner como yo podíamos proceder de igual modo. Así ganaría tiempo el jefe de la Gestapo. Después veríamos cómo se desarrollaban los acontecimientos. A eso se debe que Kaltenbrunner y yo tuviéramos el placer de conversar con usted.

"Desde el primer momento experimenté la sensación de que habíamos llegado a un buen entendimiento. Por mi parte, consideraba aquella visita como la última posibilidad de realizar mi esperanza básica: recurrir a cuantas maniobras fueran necesarias para sacar a mi país de la guerra.

"Al mismo tiempo decidí facilitar una entrevista entre usted y Himmler. Mi procedimiento fué el siguiente: felicité a Kaltenbrunner por la forma tan diplomática en que lo había tratado a usted. Le dije que era un modelo de la diplomacia austriaca de Ballhaus, y añadí que quedaba otro punto que deseaba mencionar, y en el que había estado pensando desde hacía algún tiempo, con la intención de analizarlo juntamente con Himmler: que, dada la situación del momento, podía prescindirse de los servicios de Ribbentrop y nombrarlo a él, Kaltenbrunner, ministro de Relaciones Exteriores.

"Kaltenbrunner se tragó inmediatamente el anzuelo con tanta ansia que tuve dificultad para realizar mis maniobras. Cuando algún tiempo después hablamos por teléfono con Himmler, Kaltenbrunner señaló vehementemente la absoluta necesidad de que usted celebrara una entrevista con el jefe de la SS., pese a la prohibición expresa de Hitler. Entonces Himmler declaró estar dispuesto a recibirlo. Ahora bien; ocurrió que Kaltenbrunner no fué invitado a participar en las conversaciones, y semejante omisión provocó su indignación. Sin embargo, el Obergruppenfuehrer se dominó pronto y no tardó en mostrarme la misma amistad de siempre.

"A raíz de la primera entrevista que usted tuvo con Himmler, comenzaron de nuevo las intrigas. Kaltenbrunner se quejaba de que yo hubiera hablado demasiado bien, hasta el grado de convencer a Himmler e inclinarlo a la causa que usted defendía. Para colmo, movilizó al Gruppenfuehrer Müller, de la Gestapo, hombre brutal en el más amplio sentido de la palabra, que creó infinidad de inconvenientes paar contrariar la idea de reunir a los prisioneros noruegos y daneses en Neuengamme. Amén de otros argumentos, sostenía que no podíamos exponer al pueblo alemán, y especialmente a las personas que formaban las largas columnas de refugiados, a ver cómo automóviles de la Cruz Roja Sueca avanzaban por los caminos en horas de la noche con prisioneros retirados de los campos de concentración.

"No cejé en mi lucha por ver realizado lo que se había convenido; por eso visité a Himmler en su cuartel general y le planteé la cuestión. Manifesté que, evidentemente, Alemania estaba aproximándose al instante del derrumbe total; que en semejante situación él debía aprovechar la presencia de usted en Alemania; que estaba obligado a proceder independientemente, empeñado en guiar el buque averiado y llevarlo al puerto de la paz mientras todavía hubiera tiempo. Le propuse que le suplicara a usted que volase hasta el cuartel general de Eisenhower y entregase una propuesta de capitulación. Nuestra conversación subió de tono y de carácter. Expresé que el puesto de Himmler estaba en Berlín y no con un grupo de ejércitos. Le hice notar que por segunda vez los miembros de la camarilla que rodeaba a Hitler habían logrado alejar al jefe de la Gestapo, que, por otra parte, debía hallarse en la capital para iniciar los preparativos de la paz... con o sin violencia.

"Himmler se dejó convencer y acabó por concederme amplísima autorización para realizar las gestiones con usted. Pero en horas de la mañana siguiente me habló por teléfono, se retractó de gran parte de lo dicho el día anterior y únicamente me autorizó a mantener contacto con usted y, bajo ciertas circunstancias, procurar que visitara a Eisenhower como si procediese por iniciativa propia.

"A partir de aquel día de principios de marzo se desarrolló una lucha entre Himmler y yo, sin que Kaltenbrunner u otros miembros de la camarilla de Hitler pudieran darse cuenta de la situación existente. Durante largas conversaciones me esforcé por hacerle ver a Himmler que ya no era el momento de seguir con lealtad a Hitler, en virtud del juramento dado, que, según lo que él mismo me decía, constituía la base de la organización de la SS. Argüí que en aquellos instantes se trataba de la vida misma del pueblo alemán. Su respuesta era siempre la misma:

"—¿Pretende usted, entonces, que yo abandone al Fuehrer?"

"Hubo días en que no pude contestarle afirmativamente, ya que en tales circunstancias corría el peligro de ser eliminado. La influencia que ejercían los miembros del círculo que rodeaba a Hitler, tales como el Gruppenfuehrer Fegelein, el Obergruppenfuehrer Kaltenbrunner, el Obersturmbahnfuehrer, Skorzena (jefe de los "hombres lobos"), era demasiado grande, y todos ellos podían hablar personalmente con Hitler.

"En el transcurso de muchas de nuestras pláticas, Himmler hacía referencia al estado de salud del Fuehrer; según su entender, empeoraba día tras día. Inquirí cómo podía seguir teniendo un poder tan grande, y Himmler repuso que la energía del hombre seguía sin quebrantos. El modo de vivir, a todas luces anormal, de Hitler; su costumbre de convertir sus días en noches y apenas dormir dos o tres horas; su actividad nerviosa, con frecuentes ataques de furor, agotaban a las personas que se hallaban en torno a él y crearon un ambiente imposible. Por mi parte, expresé la opinión de que quizás el atentado del 20 de julio de 1944 tuvo consecuencias graves desde el punto de vista mental. Himmler reconoció que cabía esa posibilidad; pero me hizo notar, asimismo, que el Fuehrer se inclinaba cada vez más, tenía un aspecto de hombre fatigado y sufría un temblor en el brazo izquierdo.

"No tuve ocasión de ver al Fuehrer durante mucho tiempo; pero a principios de abril conversé de esos síntomas con un amigo, el profesor De Crinis, jefe del servicio de psiquiatría del hospital Charité, y le pedí su opinión. La respuesta fué clara: De Crinis me dijo que algún tiempo antes había tenido ocasión de ver algunas fotografías de Hitler en una revista y que, guiado por las diversas posiciones que adoptaba, cabía llegar a la conclusión de que existían signos de la llamada enfermedad de Parkinson (*).

(*) Esta enfermedad, también conocida con el nombre de parálisis agitante, se manifiesta por temblores y movimientos, como asimismo por reacciones musculares que provocan alteraciones posturales. Es probable que el mal tenga su origen en una inflamación del cerebro, localizada en el pedúnculo.

(Concluirá)

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina

EL FINAL

Por el conde FO[illegible]A EN MANILA
[illegible]ÓN JAPONESA

(Conclusión—21)

"En vista de tal opinión, provoqué una entrevista entre Himmler y el profesor De Crinis. En la conversación intervino el Reichsgesundheitsfueher Conti. El jefe de la Gestapo se manifestó muy interesado por cuanto decían los médicos.

"Algunos días después, el 13 de abril, fuí llamado al cuartel general de Himmler en Wustrow. Cuando llegué a la localidad me invitó a pasear por el bosque, y en esa oportunidad me habló con absoluta franqueza.

"—Escuche, Schellenberg —dijo—; me parece que no podremos continuar con el Fuehrer. ¿Cree usted que De Crinis tiene razón?

"—Reconozco —le contesté— que no he tenido ocasión de hablar con Hitler desde hace dos o tres años; pero a juzgar por sus actos de los últimos tiempos, tengo la convicción de que es muy oportuna la intervención de usted.

"Himmler no tardó en volverse vacilante. No me pasaba inadvertido que existía un distanciamiento entre él y Hitler. Me preguntó una y otra vez qué debía hacer. Decía que no era posible disparar un balazo contra Hitler ni envenenarlo. Además, debía descartarse la posibilidad de arrestar al Fuehrer en la Cancillería, ya que en tal caso se paralizaría toda la máquina militar. Opiné que eso carecía de importancia y que para Himmler no existía sino una probabilidad: que se presentara ante Hitler, le relatara todo lo ocurrido en los últimos tiempos y luego lo obligara a hacer entrega del poder.

"El jefe de la Gestapo replicó que eso era absolutamente imposible.

"—Estoy seguro —me dijo— de que el Fuehrer se dejaría arrastrar por la ira y me mataría de un balazo sin más trámite.

"—Usted puede tomar precauciones contra semejante eventualidad— contesté—; no olvide que cuenta con suficientes oficiales de alta graduación en las fuerzas SS. y que ellos serían capaces de preparar un arresto de esa índole. Y en último término, pueden intervenir los médicos.

"Aquel nuestro paseo duró hora y media. Himmler no pudo llegar a una resolución; se limitaba a expresar el deseo de que se celebrara una consulta entre el profesor De Crinis, el profesor Morell —que actuaba como médico de cabecera del Fuehrer—, el doctor Stumpfegger, que también atendía a Hitler, y Bormann.

"Algunos días después le pregunté al profesor De Crinis cuáles habían sido los resultados de la consulta. Manifestó hallarse un tanto decepcionado a ese respecto. Discutió con el doctor Stumpfegger todos los síntomas de la enfermedad de Parkinson. El colega no compartía sus opiniones, pese a que debió reconocer la exactitud de muchos argumentos. Finalmente se pronunciaron en favor del empleo de ciertos medicamentos que él (De Crinis) tenía preparados en su clínica. Ahora bien; Stumpfegger no envió a nadie en busca de tales medicinas y explicó que tenía la intención de despachar personalmente la receta. Cabía formular, desde luego, la hipótesis de que Stumpfegger no hubiera pensado en ningún momento recurrir a los medicamentos de la clínica de De Crinis.

"Puse todos esos detalles en conocimiento de Himmler, que se apresuró a recomendarme la máxima discreción y aconsejarme que no hablara del asunto con nadie.

"En los días que siguieron al 13 de abril, o sea después de mi paseo con Himmler por el bosque, comenzaron a desarrollarse acontecimientos que yo venía observando desde hacía algún tiempo, o que me parecían próximos a ocurrir. Ante semejante estado de cosas, no le quedaba a Himmler más remedio que tomar alguna decisión.

"En el transcurso de la primera semana de abril me puse en contacto directo con el ministro de Hacienda de Alemania, conde Schwerin Krosigk. Tras largas conversaciones llegamos a la conclusión de que era indispensable que terminase la guerra para salvar de Alemania cuanto se pudiera. Con tal motivo organicé una entrevista de von Krosigk y Himmler. Ambos estaban enemistados desde hacía mucho tiempo; quizá por eso, antes que se realizara la reunión el jefe de la Gestapo se manifestaba sumamente nervioso y hasta llegó a hablar de suspenderla. Se realizó, no obstante, en presencia del ministro Seldte, de Obras Públicas, el mismo que años antes había actuado como comandante de los Cascos de Acero. Mientras von Krosigk hablaba con Himmler, yo mantuve una amena conversación con Seldte. Este abogaba por la intervención de Himmler y sostenía que debía asumir el mando y obligar a Hitler a leer, en ocasión de su próximo cumpleaños, una proclama dirigida a todo el pueblo alemán para convocar un plebiscito, crear un partido nuevo y disolver los tribunales del pueblo.

"Cuando terminó la conferencia, el conde Schwerin von Krosigk me informó detalladamente de los pormenores de la misma; según parece, discutió con Himmler diversos puntos de los que anteriormente había tratado conmigo, y añadió que lo había exhortado a tomar alguna medida contra el Fuehrer.

"Himmler me expresó ulteriormente su agradecimiento por haber facilitado aquella entrevista con el ministro de Hacienda. Repuse que, a mi entender, von Krosigk era el hombre más indicado para desempeñar la cartera de Relaciones Exteriores como sucesor de von Ribbentrop. El jefe de la Gestapo reconoció que en eso tenía razón, pero después comenzó a hablar de la propaganda aliada dirigida contra su persona por considerársele responsable de los campos de concentración. "Todo lo que dicen — "expresó— carece de sentido común. "No me favorece, por cierto; pero "usted no debe creer en la propa- "ganda carente de verdad".

"No podría narrar detalladamente lo que ocurrió en los días que siguieron. El cumpleaños de Adolfo Hitler pasó sin que se produjera ningún acontecimiento digno de mención. El 21 de abril se celebró una nueva entrevista de usted con Himmler. En aquellos días el jefe de la Gestapo se quejaba de no andar bien de salud y pude notar que estaba nervioso e intranquilo. "Schellenberg —me dijo "en una ocasión—: temo lo que está "por ocurrir". En otra reunión me explicó algo que deseaba realizar si alguna vez llegaba a tener en sus manos las riendas del poder. Aquella misma noche me instó a inventar un nombre para el nuevo partido que le habían pedido que fundara. Propuse el de "partido unificador nacional".

"Himmler volvió a tratar la cuestión de la "liquidación" de Hitler, pero sólo lo hizo valiéndose de vagas insinuaciones.

"En la noche del 23 al 24 de abril se realizó la entrevista que usted mantuvo con Himmler en Lübeck. En aquella oportunidad él le pidió que ofreciera la capitulación a los aliados occidentales por intermedio del gobierno de Suecia.

"Allí se encontraba el jefe de la SS. cuando me dijo que no habrían de transcurrir sino uno, dos o, en el peor caso, tres días antes que el Führer terminara su agitada vida en esta lucha dramática.

"Según mis cálculos, el Führer murió el 27 de abril. Estoy plenamente convencido de que alguien le aplicó



Durante algún tiempo seguí ocupándome de las gestiones entre usted y Himmler. Mis esfuerzos tendían principalmente a alcanzar una solución pacífica del problema noruego y dinamarqués, con el fin de evitar que cayera sobre Alemania la culpa de una destrucción carente de sentido y cuyas víctimas fueran los países nórdicos.

"Como usted quizás lo recuerde, el 29 de abril nos trasladamos ambos a Compenhague con la intención de conferenciar con el Dr. Best; y como usted lo sabe también, regresé inmediatamente a mi país. Cuando llegué a la localidad donde se encontraba Himmler, me informaron que el gran almirante Doenitz había sido designado sucesor de Hitler, en lugar del jefe de la Gestapo. Esa misma noche se celebró la primera conferencia entre Heinrich Himmler y Doenitz en la localidad de Plön. En aquella misma oportunidad Bormann, líder del Reich, siguió una indicación que yo le di anteriormente y logró que el conde Schwerin von Krosigk fuera nombrado ministro de Relaciones Exteriores en reemplazo de von Ribbentrop.

"Himmler se hallaba a la sazón muy deprimido y falto de ánimo. Una de las causas de semejante estado espiritual fué que tampoco en el ejército pudo hallar ambiente favorable para realizar la capitulación parcial ante los aliados occidentales. En aquellos días pensó muchas veces con toda seriedad que no le quedaba más alternativa que despedirse de sus amigos y suicidarse.

"Logró reaccionar, no obstante, y quiso analizar conmigo una vez más la situación. Los dos días siguientes fueron bastante agitados. Casi no dormimos y ocupamos nuestro tiempo en realizar difíciles y peligrosas excursiones en automóvil a través de los campos de batalla. Cuando el 1º de mayo llegamos por primera vez al cuartel general del gran almirante Doenitz, reinaba en el lugar un ambiente de extraordinaria tensión nerviosa. Se había descubierto que Krosigk compartía nuestro criterio (es decir, el de Himmler y el mío), mientras el propio Doenitz y los comandantes supremos, mariscal Keitel y general Jodl, no estaban de modo alguno dispuestos a disponer la rendición sin antes luchar denodadamente en Noruega. Como argumento principal señalaban la excelente posición estratégica que ocupaba el comandante alemán, general Böhme, en aquel país.

"Continuaban las negociaciones. El almirante Doenitz se resistía con empecinamiento a tomar una resolución que tuviera el significado de una aprobación de las medidas que habíamos aconsejado el conde Schwerin von Krosigk y yo. Lo cierto es que al final de cuentas fuí designado emisario del gobierno, con instrucciones para trasladarme a Suecia y realizar en Estocolmo las gestiones relacionadas con la capitulación de todas las fuerzas militares alemanas que actuaban en Noruega.

"Lo que ocurrió a continuación, inclusive hasta el 7 de mayo, es algo que usted ya conocía".

* * *

Hasta ahí lo manifestado por Schellenberg. Mientras permanecí sentado oyéndole narrar todos aquellos pormenores, cruzaron por mi mente las muchas y variadas impresiones recibidas en el transcurso de los últimos meses. Una vez más se vió confirmado en mi espíritu el concepto que, cediendo a un impulso, expresé a raíz del regreso de una de mis excursiones a Alemania. En aquella ocasión dije:

—Vuelvo a Suecia como enemigo declarado del nazismo; mi enemistad es todavía mayor que antes, pero al mismo tiempo no puedo menos que

Archivo Histórico
Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto
Argentina